LA SEÑORITA MALCRIADA.

Comedia Moral, en tres Actos.

POR DON TOMAS DE IRIARTE.

PERSONAS.

D. Pepita (Señorita.)
D. Gonzalo (su padre) hombre mayor; pero alegre, distrahido, y abandonado.
D. Ambrosia (amiga, vecina y compañera de D. Pepita: viuda jóven.)
D. Clara (hermana de D. Gonzalo): Señora de carácter sério.
D. Eugenio (Caballero de apreciables circunstancias: amigo de D. Gonzalo).
D. Basilio (marido de D. Clara.)
El Marq. de Fontecalda (viajante charlat.)
D. Carlos (sobrino de D. Ambrosia.)
El tio Pedro (mayordomo de la casa de campo de D. Gonzalo: hombre rústico; pero de buena razon.)
Bartolo (hortelano de la misma casa: payo malicioso.)
Majos, y majas.

La Escena es en una casa de campo muy cercana á Madrid.
La accion empieza por la mañana temprano, y concluye ántes de medio-dia.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una parte de jardin, con vista de una casa que tiene salida á él por el frente, y á los lados varias calles de árboles.

ESCENA I. *Al levantarse el telon aparecen en el foro algunas parejas de majos y majas baylando seguidillas, que cantará otro de la quadrilla, con la guitarra. Entretanto el tio Pedro va colocando en fila á un lado algunas sillas que le van trayendo; y de quando en quando mira con ceño á los baylarines. Bartolo en el lado opuesto riega el suelo, mirando á ratos el bayle con ojos de alegria. Antes de acabarse la primera seguidilla, el tio Pedro hace parar la guitarra; y dice á Bartolo con enfado.*

Ped. Qué sirve regar ahí,
si ellos por acá levantan
mas polvareda que un hato
de carneros? Camaráas, *á los majos.*
con la música á otra parte.
Majo 1. A bien que la tierra es ancha.
Maja 1. Si faltará donde armar
balye, habiendo buenas ganas?
Majo 2. A elantre. Calla Curra:
áqui no hay que echar bravatas;
que estamos en casa ajena.
Maja 1. Pues ya: cáa gallo canta
En su mulaar, abur. *(tan?*
Maja 2. Qué hombres éstos! Y lo aguanque nos lo venga á icir
en la calle de la Palma. *al de la guit.*
Majo 1. Estamos del otro lao.
Copete! toca la marcha.
Armas al hombro. *á la quadrilla.*
A mas ver. *al tio Pedro.*

Los majos toman las capas y sombreros que estan en el suelo, y se van todos gritando al son de la guitarra: Jí, jí, jí, jí.

ESCENA II. *El tio Pedro y Bartolo.*

Ped. Qué algazara! *con mucha flema.*
Oyes Bartolo? *Bart.* Bien oigo.
Ped. Llegate acá. *Bart.* Vaya en gracia.
Ped. Dí. *Bart.* Diré. *Ped.* Soi, ó no soi
mayordomo de esta casa?
Bart. De la casa, del jardin,
de la huerta, de la quadra,
del gallinero, y de too
lo que cogen estas tapias.
Ped. Ya sabes quien soi. *Bart.* Usted?
Ped. Sí, yo: mirame á la cara.
Bart. Es usté Pedro Fernandez.
Ped. Pues Pedro Fernandez manda *con*
que sin su licencia no entren *(enojo.*
aqui majas, ni guitarras.
Bart. Y bastará la licencia *con sorna*
de la Señorita? *Ped.* Basta.
Bart. Pues con su licencia entraron

Las guitarras, y las majas.
Ped. Truxeron orden? *Bart.* Truxeron.
Ped. Ah! Siendo así, vaya. *Bart.* Vaya.
Ped. Pues á cuidar de la huerta.
Bart. Por hoi ya está bien cuidáa.
Ped. En oliendo que hai juncion,
holgueta. *Bart.* Ya eso es de tabla.
Y tengo puesta la ropa
del dia de fiesta: guarda!
Hoi que el amo Don Gonzalo
vendrá con tantas maamas
y tantos señores... Toma!
Poquita será la zambra!
Una olla están puniendo
que es mayor que una tenaja.
Pues aunque hubiera una boda.
Ped. Hombre, puée ser que la hayga.
Bart. Calle, calle! es hoi tio Pedro?
Ped. No igo que hoi ni mañana;
pero como la Pepita
burla-burlando ya pasa
de los veinte y... *Bart.* Sí: la fruta
pesa ya un poco en la rama.
Patron: digo (acá enter-nos) *baxand. la*
no es verdá usté que nuestra ama.. (*voz*
Ped. Sí... *Bart.* La Señorita... *Ped.* Estoi.
Bar. Parece... *Ped.* Qué? *B.* Una muchacha.
Ped. Ya. *Bart.* Un si es no es... *Ped.* Bien.
Bart. No igamos
loca; pero.... alborotáa. (tona
Ped. Alegre? *Bart.* Pues. *Ped.* Corren-
Ella? *Bart.* Cabal. *Ped.* Asi en chanza?
Bart. Y de veras. *Ped.* Algun rato?
Bart. No: siempre. *Ped.* Bartolo, calla:
vamos con tiento; que al fin
son amos; y por mas claras
que se estén viendo las cosas,
siempre es güeno... *Bart.* Echar la capa:
Ya lo entiendo. *Ped.* Las verdáes,
como ixo el otro, amargan;
y aunque le de gana á un hombre
de escupirlas, nó: tragarlas.
Bart. Pero la culpa es de aquella
Doña Ambrosia. Ya, ya es maula,
con achaque de amistá
gobierna toa la casa;
al padre, á la Señorita,
á los criaos... Lo paga
too por su mesma mano;
y ya vé usté que quien anda
con la miel... *Ped.* Quiées callar?
Bart. Ea! pues no he icho náa.
Ped. No ices náa; y parece
que te caes, y te agarras.
Bart. El que hoi vendrá tambien es
aquel Marqués faramalla
que ha corrido tantas tierras...
Válgame Dios! lo que parla!
La pronuncia es de Español;
pero qué se yo como habla
que la metá no le entiendo...
Lengua como chapurráa...
Ped. Términos que allá deprenden
por Francia, ó por Alimaña.
Bart. Y diz que á la Señorita
la tiene medio embobáa;
y que si consiente el padre...
Ped. Dale bola! *Bart.* Yo, en sustancia,
lo que oigo es que la quiere.
Y qué? *Ped.* Pues su alma en su palma.
Bart. Seguro. *Ped.* A tí qué te importa?
Bart. Náa: y á usté? *Ped.* Ménos. *B.* Pata.
Ello es que habrá mucha gente.
Ped. Pero de dónde lo sacas?
Bart. Ya le igo á usté: la olla
es aquello que se llama
una olla; y por lo mesmo
echaba la cuenta larga.
Ped. Yo la echo corta. Mia tú
qué pronto que está ajustáa.
El amo, y la hija... *Bart.* Dos.
Ped. La viuda... *Bart.* Tres, (no hará falta.)
Ped. El Marqués, y Don Ugenio...
Bart. Ya van cinco. *Ped.* Doña Clara,
seis... *Bart.* Quien? La hermana del amo.
Ped. La propia. (Aquella es mui guapa!)
su marido Don Basilio...
Son siete... y aqui se acaba.
Bart. Con que Doña Clara? hai cosa!
No ician que esa hermana
y ese cuñao del amo
ha tantos tiempos que estaban
reñios con él? *Ped.* Reñios;
y cáa uno en su casa
sin verse ni oirse. *Bart.* Y vienen
hoi en amor y compaña?
Ped. Ya hangüelto á las amistáes;
y vienen á celebrarlas

aquí. *Bart.* Por eso es la fiesta.
Con que ello es...? *Ped.* Lo que sonsa-
hombre! Tan pregunton eres, (cas
tan curioso, que le arrancas
á un hombre poquito á poco
quanto tiene en las entrañas...
Y al cabo murmuracion.
Bart. Platicar de lo que pasa.
Pues aquí qué mormuramos?
Ped. Mucho, y en pocas palabras.
Que la viuda Doña Ambrosia
es la que too lo manda;
que la Pepita es alegre
de cascos y algo atronáa;
que el Marqués es un tunante,
y que anda tras de pescarla...
Bart. Pero tambien ya usté vé
que del amo que nos paga,
(aunque él tiene allá sus cosas,
porque es mui de bulla, y anda
divertio como un mozo)
no hemos dicho... *Ped.* Eso faltaba.
Bart. Tampoco del Don Basilio,
mario de Doña Clara.
De ella, ni de Don Ugenio
hemos dicho cosa mala.
Ped. Qué has de icir, si ellos dos
son güenos, y ella una santa
señora? ... Así jueran toas!
Suena adentro la guitarra, los majos como que atraviesan por detras de la casa.
Bart. Pues digo: los de la danza!
dende temprano la toman.
Ped. Ya verás como se cansan
antes que encomience el bayle
las piernas y las gargantas.
Ola! pues ya está aqui el amo.

ESCENA III. *D. Gonzalo de Cazador. El tio Pedro y Bartolo, que van á recibir á su amo.*

Ped. Oh, señor! tan de mañana,
y á pie? *Gonz.* De Madrid aqui
es tan corta la distancia,
que he venido paseando.
Entrega la escopeta al tio Pedro, y á Bartolo dos ó tres paxarillos.
Toma: mira qué gran caza!
Bart. Ni aun paxaros hay ogaño.
Gonz. sentandose y limpiandose el sudor.
Parece que está la casa
divertida, y me reciben
con música: esto me agrada.
Ped. Al fin, nuestro amo, usté tiene
un genio, una buena pasta
que se divierte con tóo.
Gonz. El mismo soi, á Dios gracias,
hoi, que el que era á los veinte años.
Hai envidiosos que rabian
de verme siempre de fiesta;
pero de aqui no me sacan:
buen humor, y buena vida.
No, sino que me tomara
cuidados y pesadumbres,
teniendo renta sobrada
para reirme de todos.
Bart. Pardiez que sí! *Ped.* Buena gana!
Gonz. A fé que ya no soi niño;
(si no, digalo la calva;)
y sin embargo, en Madrid
todos esos tarambanas
pisaverdes, que parecen
contentos como una pasqua,
no se divierten ni el diezmo
de lo que yo. *Ped.* Pues bien hayga
su alma de usté! *Gonz.* Todo el año
vivo como un Patriarca.
Que haya guerra, que haya paz,
buena cosecha, ó escasa;
que uno diga que las cosas
van bien, y otro rematadas;
que se escriban papelotes,
que se tiren de las barbas;
yo, adelante: divertirme:
y lo demás patarata.
Donde hai gente, allí estoi yo
clavado como una estaca.
Voi lo mismo á una comedia
que á ver á una encorozada.
Viene algun Predicador
famoso: no se me escapa.
Que hai opera nueva: á verla;
una boda; á presenciarla;
un gigante, un avechucho,
un monstruo á tanto la entrada,
volatines, nacimientos,
sombras Chinas, y otras farsas:
el primerito. En el Prado
mi silla por temporada:

si hai concurso en el Café,
á li fixo como el alba;
y finalmente en la Puerta
del Sol, mi esquina arrendada.
Las tertulias?... Así, así. *señalando con*
Fiestas de campo?...como agua(*los ded.*
academias?...mas que hubiera!
comilitonas?... no es nada!
nunca deshago partido.
Que hai juego: tomo las cartas;
que van á baylar: minué,
seguidillas, contradanza;
y á poco que me lo rueguen
bailo tambien la guaracha.
Así vivo, así me huelgo;
y todos á una voz claman:
Si no hai otro Don Gonzalo!
Qué humor tiene! Es una alhaja.
Ped. Mui bien va todo eso: pero..
El cuidáo de la casa...
El gobierno... *Gonz.* Cabalmente
eso es lo que no me causa
inquietud: mi casa está
grandemente gobernada.
Mire, tio Pedro: soi viudo...
Ped. Por esta semana santa
se cumplieron... quántos años?
Diez... de la muerte de mi ama.
Dios la haya dao su gloria:
y ha hecho bastante falta.
Gonz. Vamos al caso: estoi viudo:
mi caudal, puesto á ganancias
con toda seguridad.
Mando que en mi casa no haya
miserias ni economías...
Bart. El que lo tiene lo gasta.
Gonz. Que Pepita se divierta
quanto la diere la gana;
que bayle, que represente,
que juegue, que entre, y que salga;
que aprenda trato de mundo
en una tertulia diaria;
y se porte como todas
las que en Madrid hacen raya.
Ped. Y qué tal? la Señorita
se va dando buena maña
á aprender eso? *Gonz.* Es un pasmo:
todas las gentes la alaban;
todo el pueblo la conoce;
y por conseguir entrada
en mi casa, hai mil empeños.
Ped. Y eso, habiendo puerta franca:
qué fuera si sus mercées
la tuvieran atrancá?
Pero, señor, yo icia...
(Perdone usté...) Con mi mala
desplicacion, yo acá drento
me entiendo las cosas. *Gonz.* Vaya:
expliquese como quiera.
Ped. Digo que si yo me hallara
con una chica sin madre,
y en la edá que acá se llama
el tiempo de la vendimia,
quando me desapartara
de su lao ni un menuto...
(Y mas con lo adelantáa
que esté hoi diá la malicia...)
Bart. Y en Madrid? (digo) donde andan
tantos de los pitimetres
Osías á la que salta!
Ped. Porque (mire usté) en mi Pueblo
habia una moza hidalga,
que toos gustaban de ella,
porque era como una plata,
(hija de viudo tambien;)
y solo porque se andaba
suelta, sin padre, ni naide,
toicos la requebraban;
pero casarse, nenguno.
Y hoy está llena de canas,
triste, y sin mas compañia
que la rueca. Y cómo rabia
quando la llaman doncella!
Bart. Ya la conozco: la beata;
la que va siempre á encender
la lámpara de Santa Ana.
Ped. Ni sirve páa otra cosa,
Gonz. Diréis dos mil patochadas.
Mirad: no estais en los puntos
de crianza cortesana.
En las aldéas las mozas
recogidas y aplicadas,
las que mas baxan los ojos,
son las que mas bien se casan.
Acá va por otra regla:
en no habiendo buena labia,
desparpajo, garabato,
compostura un poco extraña:
no bailando unas boleras,
no cantando una tirana
con su ai! y no freqüentando
las concurrencias de fama
para darse á conocer,
perdidas; no pasa una alma.
Ped. Yá. Lo que es el no entendello!
Bart. En cáa tierra su usanza.
Gonz. Y despues quién os ha dicho
que yo permito que salga
sola mi chica? No voi
cargado con la arracada
de la hija á todas partes,
que eso fuera extravagancia
ridícula, y ser yo esclavo;
pero siempre la acompaña
mi señora Doña Ambrosia,
que aunque moza, es una dama
de juicio y talento, viuda,
y de muchas circunstancias.
Para mí es grande alivio.
Ped. Y páa ella sera ganga.
Gonz. Por qué? *Ped.* Porque tiene mesa,
y diversiones baratas,
y coche páa mecerse
Too el dia. Nos contaba
el cochero la otra tarde
que las mulas no descansan
ni paa tomar el pienso.
Gonz. Quién da credito á canallas?
Bart. Si mormuran sin conciencia... *tiran-*
Y hai hombres que no reparan (*do de la*
que al fin los amos son amos; (*mang. al*
y las verdaes... se tragan. (*tio Pedro.*
Ped. Creo que la Doña Ambrosia
no está mui acomodaa
desque la faltó el marido.
El era hombre de importancia?
Gonz. Sí: fué un rico negociante;
pero tuvo la desgracia
de que un trapalon malvado
le engañó con artimañas,
y le empeñó en un proyecto
que se volvió sal y agua.
Le estafó gran cantidad;
y huyendo fuera de España,
le dexó casi arruinado,
el buen hombre, que tomaba
las cosas á pechos, tuvo
de verse en tal lance tanta
pesadumbre, que murió
aquella misma semana.
Ped. Vaya usté viendo! Y esotro
que se escapó, dónde pára?
Gonz. Un tal Don Carlos, sobrino
del difunto, es el que hoi anda
en busca del gran bribon
allá por Flandes y Francia
y al cabo, segun avisa,
como hai pocas esperanzas
de dar con él, debe ya
volver mui pronto. Heredaba
parte del caudal del tio,
y quedaba destinada
otra parte á Doña Ambrosia;
pero se perdieron ambas.
Quatro años habrá que vino
á vivir junto á mi casa
la viuda, mui pocos dias
despues que riñó mi hermana
conmigo. La visité
como á una vecina honrada:
cobró cariño á mi hija;
y la chica se lo paga:
se tutéan, y tan solo
para dormir se separan.
Ellas contentas, y yo
en una paz Octaviana.
Allá gobiernan las cosas
domésticas necesarias,
pago, sin exâminar
mecánicas que me matan;
y Dios me ha venido á ver.
Me cuidan; nada me falta;
y en mi casa envian todos
la tristeza enhoramala.
No es una fortuna? *Ped.* Ya.
Pero, señor, mi matanza
es si, endilgando las cosas
del moo que usté relata,
encuentra la Señorita
un novio como Dios manda.
Gonz. Qué pregunta! *Ped.* No lo igo
sino porque malegrara
que tuviera una fortuna
como una Reina de España.
En lo emás no me quiero
meter onde no me llaman.

Gonz. Novios hallará de sobra.
Ped. Pues lo celebro en el alma;
y mas, si es aquel señor
Don Ugenio, que quando habla,
se conoce de contao
que es leido, y tiene traza
de ser caballero en forma
y hombre de bien, porque él trata
con güen aquel á los probes,
y es garboso... Gonz. Callad: pára
algun coche? Bart. Pues que sí.
Gonz. Eh! mudaos; que ya basta *levan-*
de conversacion. Tened *(tandose.*
las cosas bien arregladas
para el almuerzo. Quién viene?
Adelantandose ácia la puerta de la casa á recibir á los que llegan.
Ped. D. Ugenio, y D. Clara. *mirando*
Bart. El otro será el mario. *(ácia el foro.*
Ped. El marido es. Vamos: marcha. *enoja.*
Bart. Yo, por oir cosas que uno
no sabe, de güena gana
me queara aqui á un laito.
Ped. Mira... Si agarro una tranca...
Bart. Pues yo no me he de quear
sin ver too lo que pasa.
El tio Pedro se vá, llevándose á Bartolo, que vuelve la cara á mirar á los que acaban de llegar. D. Gonzalo viene con D. Clara, D. Basilio, D. Eugenio, que salen de campo.

ESCENA IV. *D. Basilio, D. Gonzalo, D. Clara, con quitasol en la mano, D. Eugenio.*

Gonz. Bien venidos, caballeros.
Mucho madrugas, hermana.
Eug. En todo es esta señora
mui puntual. Clar. Las ocho dadas.
Mirando su relox.
Bas. A esta hora nos citaron.
Clar. Pues no serán tan exâctas *dexando*
D. Ambrosia y mi sobrina. *(el quitasol*
Gonz. No: todavía no tardan. *(sobre una*
Clar. Si no las han acabado *(silla.*
ciertos vestidos de majas
que vienen hoi á lucir
aquí, no estarán de gracia;
y dexarán la funcion,
si falta esta circunstancia.
Eug. La plausible de este dia
que tanto gozo nos causa,
señor Don Gonzalo, amigo,
es la de ver sepultada
la discordia que, entre hermanos,
ya demasiado duraba.
Yo, yo he sido el medianero
de la renovada alianza
que felizmente nos une
hoi en esta amena estancia;
y no solo participo
de alegria tan colmada,
sino que, ufano, blasono
de que acerté á procurarla.
Bas. No sabes, hermano mio,
quan repetidas instancias
ha costado á Don Eugenio
el reducir á tu hermana
á que, habiéndose extrañado
quatro años ha de tu casa
por motivos que no ignoras,
haya vuelto á freqüentarla.
Estos se llaman oficios
de buen amigo. Gonz. Y yo estaba
mui pronto á reconciliarme
siempre; porque (en dos palabras)
el autor del rompimiento
no he sido yo, sino Clara.
Clar. Es cierto, hermano: yo he sido
la autora; mas tú, la causa.
Atiendeme. Nuestros genios
siempre han estado en batalla.
Tu, descuidado, indolente,
distrahido, haciendo gala
de vida alegre y ociosa,
que á tu edad ya no se adapta,
ó no conoces, ú olvidas
las estrechas, las sagradas
obligaciones de padre.
Bien lo prueba la enseñanza
que te merece una hija,
en quien alabas por gracias
lo que se llama descoco
entre la gente sensata.
Así eres tú. Yo, aunque dicen
peco de Española rancia,
por el pundonor gradúo
el mérito de las damas
por el juicio, discrecion,
cor-

cortesania y constancia.
Reconvine á mi sobrina
con la mayor eficacia;
pero mis exhortaciones,
lejos de ser apreciadas,
me conciliaron un odio
que tú no desaprobabas.
Llegué á pasar por la tia
Mas impertinente y rara.
Te lo expuse: no hubo enmienda:
clamé: nada aprovechaba.
Insultaronme por fin;
faltóme la tolerancia;
y no pudiendo evitar
la franqueza inmoderada
que en tu casa permitias,
resolví no autorizarla;
me retiré; y he logrado
no tener parte en la fama
que va cobrando Pepita.
(Oxalá no fuera tanta!)
Gonz. Pues tener fama es mui bueno.
Clar. Quando la fama no es mala.
Gonz. Con que pretendeis reforma?
Eug. Y debemos esperarla
del exemplo y los prudentes
consejos de Doña Clara,
que olvidando desde ayer
las disensiones pasadas,
vuelve á ver á su sobrina,
á ser su amiga y su guarda.
Bien reconoce que en ella
no son nativas las faltas;
que todas son adquiridas,
y ya casi involuntarias;
y que caprichos, errores,
vivezas, extravagancias
por hábito se contraen,
no por indole viciada.
Su hija de usted, Don Gonzalo,
tiene unas potencias claras,
un corazon mui benigno;
y con estas dos ventajas
corregirá lo demas
quien tenga paciencia y maña.
Yo me aplico á tal empresa;
y si pudiese lograrla,
pienso que la Señorita
desde luego asegurára
su dicha, y la del esposo
que deseara con ansia,
mas que amar y ser amado,
poder estimar lo que ama.
No tengo dominio alguno
en su hija de usted: mis armas
no son la reconvencion,
el precepto la amenaza;
sí la advertencia oportuna
y la persuasion mas blanda.
Debemos ser indulgentes
con las flaquezas humanas;
compadecer y guiar
al que sigue senda errada.
Gonz. Obra de misericordia.
Pero usted porqué se afana?
Eug. Por su bien... y por el mio.
Gonz. Expliquémonos en plata,
y sin rodéos: á usted
le hace fuerza la muchacha;
pero antes de pretenderla
quisiera verla enmendada
de esas faltillas, que solo
mi hermana y usted reparan.
No es esto? Clar. Como hombre cuerdo,
hace bien en repararlas.
Y no me dirás, Gonzalo,
qué mejor suerte preparas
á mi sobrina? Ya tienes
experiencias reiteradas
de la amistad, de las prendas
de D. Eugenio. Gonz. Negarlas
fuera injusticia; y le debo
finezas extraordinarias.
Mira: yo soy un perdido,
que en dos dias malgastara
mi caudal: le tengo en manos
del señor, puesto á ganancias;
y parte liberalmente
conmigo quantas ventajas
le produce en Cataluña
la fábrica celebrada
de que es dueño. Cobro limpia
mi renta de polvo y paja
y tengo mi capital
asegurado. Esta gracia
merece que en quanto penda
de mi arbitrio le complazca.
Clar. Y si aspira á ser tu yerno?
Gonz.

Gonz. Desde ahora le doi amplia
licencia y mi bendicion.
Pero resta ver si agrada
esta eleccion á la chica;
porque eso de violentarla
yo la voluntad, es cuento.
Ella dice que la cansan
las serias moralidades
con que el amigo declama,
y que, en vez de oir requiebros,
no oye mas que repasatas.
Luego, como la pretende
el Marqués de Fontecalda:
y ella se afirma en que es ésta
la boda que mas la quadra,
yo qué he de hacer? *Clar.* Esa boda...
Gonz. Que tiene? *Clar.* Es disparatada.
Gonz. Pero el Marqués es un mozo...
Clar. A quien no conoces. *Gonz.* Basta
para conocerle ver
como se porta, como habla,
su buen modo, su instruccion...
Clar. La tiene en todo y en nada.
Gonz. Ha corrido Cortes... *Clar.* Muchas;
pero sin provecho. *Gonz.* Hermana!
Bas. Los que viajan deseando
ser útiles á su patria,
observan mas y hablan menos
que el Marqués; pero gran charla,
no profundizar las cosas,
decidir con arrogancia,
y hacer un cruel estrago
en la lengua Castellana,
es todo el fruto que logran
esos que tan solo viajan
para decir que han viajado;
y que en mui pocas semanas,
corriendo la posta adquieren
los principios que les faltan.
Gonz. Yo se que es noble el Marqués,
se que nació por extrañas
casualidades en Cádiz,
y se ha criado en España;
mas su familia, sus rentas
y título son de Italia.
Bas. Te ha mostrado documentos?
Gonz. Algunos; y otros se aguardan
antes de efectuar la boda.
Bas. Luego la tienes tratada?
Gonz. Y tan de veras, que ya
he soltado mi palabra.
Clar. Inconsideradamente.
Gonz. Sea; pero está empeñada:
y sobre todo, la chica
lo quiere: allá se las haya.
Clar. La conformidad alabo.
Gonz. Doña Ambrosia me la alaba
tambien; aprueba esta boda;
y sabrá sacar la cara
por el Marqués contra todos.
Clar. Y por ella quien la saca?
Gonz. Yo, que defiendo su genio,
su hidalguia, su crianza,
su entendimiento y buen trato.
Aunque por una desgracia
ya no es rica, y su marido
fue comerciante... *Eug.* O qué falsa
opinion! Pues por ventura
haber estado casada
con un negociante honrado
es desdoro? *Clar.* No se trata
de linages. La conducta
es la que humilla, ó exâlta.
Doña Ambrosia ha sido siempre
superficial y voluntaria.
Gonz. Ya: de toda muger viva,
alegre y de rompe y rasga
se dice lo propio. En fin,
callemos: no tiene gracia.
Que, viniendo á divertirnos,
nos trabemos de palabras.
Eh! no hai que tratar aquí
de negocios: allá en casa.
Hoi fiesta y bulla: y si nó,
oigan ustedes la que anda.
Suenan adentro guitarras, y vocería. L quadrilla de majos, formada en cor trahe en medio de él á D. Pepita, ve tida de maja, tambien D. Ambrosi la qual viene fuera del corro.

ESCENA V. *D. Pepita, D. Ambr sia, D. Gonzalo, D. Clara, D. Eu nio, D. Basilio, el tio Pedro, Barto los majos, y majas, brincando, y tira los sombreros al aire, con grande algaz*

Unos Que viva la Señorita!
Otros Qué viva la flor de España!
D. Ambrosia saluda á los concurren

y cesa la música.
Bart. Diga uste tambien conmigo,
tio Pedro, que viva el ama!
Ped. Tú dexalos que alboroten.
Por qué te metes en danza?
Pep. Chicos! Prosiga la broma.
De qué sirve esa guitarra?
Clar. Pero saluda á las gentes;
ten mas modo. *Pep.* Qué substancia!
Clar. Has perdido el juicio? *Pep.* Pués:
me lo habré dexado en casa.
Lo dice usted porque vengo
alegre? Pues el que traiga
mal humor, que se lo cure
como le diere mas rabia.
Es esto funcion de campo
ó algun duelo? A qué nos llaman?
A estarnos siete personas
mirándonos á las caras?
Tasadamente sería
una fiesta mui salada,
si no hubiera yo pensado
en traher para animarla
esta quadrilla, que toda
es de la cáscara amarga.
Toma! Y esperaba yo
que me dieran muchas gracias
de que les traigo al famoso
Repulgo, á la Amotinada,
y á Curra, que bailarán
en la punta de una lanza.
Con esto nos divertimos
en forma; y no con fantasmas
espetados. Canta aquellas *al de la*
seguidillas que me agradan (*guitarra.*
tanto: las del seis y siete.
Vamos allá. Y tú arbolaria, *á una de*
te vienes sin el pandero? (*las Majas.*
Tia mia, me alegrara
que usted la oyera: executa....
Con un gusto y una gracia. . . .
Clar. Es delicado instrumento,
y de mucha expresion. *Pep.* Basta
que á mi me guste. Cabal.
Toca, si quieres. Aguarda;
sacaré mis castañuelas. *las saca y se*
Gonz Qué alegre! qué vivaracha! (*las pone.*
hija de padre por fin.
Amb. Pero si en Madrid no se halla
Señorita mas jovial,
mas complaciente, mas llana. . .
Clar. En efecto: de llanezas
no suele ser mui escasa.
Pep. Qué! Sermoncito tenemos?
Temprano. Pues ya no hai nada
de lo dicho. *Gonz.* No te enfades
hija. *Pep.* Pronto se despacha
esta comision. Afuera,
Quítase las castañuelas y las arroja.
á fuera galas profanas.
Se acabó el baile. *Amb.* Pepita!
Pep. Dame unas tixeras. *Amb.* Vaya:
para qué? *Pep.* Damelas. *Amb.* Toma, *da-*
Pep. Ea! Venga esa guitarra. (*selas Amb.*
El Majo se la entrega.
Ambr. Qué quieres hacer? *Pep.* Justicia.
Amb. Con quien? *Pep.* Con esta mal-
para que no venga aquí (*vada,*
á alborotarnos la casa.
Corta las cuerdas; y vuelve la gitarra al Majo.
Clar. Qué prontitudes tan necias!
Pep. Si quiero. *Clar.* *Quiero* es palabra
de Rei. *Pep.* Pues si no, diré
que me ha dado la regana.
Es palabra de Rei ésta?
Clar. Esa es de gente ordinaria.
Pep. Lo sabré para otra vez.
Tio Pedro? *Ped.* Aquí estoi, nuestra
Pep. Usted como Mayordomo... (*ama.*
Ped. Aunque endino, lo soi. *Pep.* Haga
que den muy bien de almorzar
á toda esa gente honrada.
Adentro, amigos, adentro;
á remojar la palabra;
y luego, ya que á vosotros,
y á mí tambien, nos desairan,
un pié tras otro á Madrid.
Amb. Pero. *Pep.* No hay pero que val-
Allá me portaré yo (*ga.*
con todos. Hasta mañana.
Ped. *Yéndose con los majos.*
Escurrámonos de aquí;
que el tiempo está de borrasca.
Bart. *presentando á Pepita las castañuelas que ha recogido.*
Señora las castañuelas. . .
Si usté las quiere. *Pep.* Arrojarlas
al pozo. *Bart.* Vengan acá *guardándo-*
á la postre algo se saca (*selas en la*

de la pendencia. *Pep.* Señores, (*faltriq.*
la pelotera esta armada,
y toda la diversion
se ha vuelto agua de cerrajas:
con que así. Bartolo! *Gonz.* Ustedes
sofocan á la Muchacha.
Pep. Dí que no quiten el coche. *á Am-*
podemos tomar la ruta, (*brosia.*
amiga; que aquí las dos
ya estamos de sobra: á casa.
Y ustedes se quedarán
á hacer vida solitaria.
Gonz. Deténgala usted, vecina. *á Amb.*
Amb. Niña, espera. *Clar.* Nó: dexarla.
El fin es que esté contenta.
Pep. Ya. Quiere usted que me vaya?
Pues me quedo. *Gonz.* Ea: tratemos
de aprovechar la mañana.
Vamos á dar una vuelta
por aquí, mientras nos llaman
al desayuno. Ven, hija.
Pep. Yo? Luego iré. *á Bartolo.*
Que me traigan
el bastidor de bordar.
Bart. No es un armatoste? *Pep.* Marcha.
Bart. Como aquello en que se pone
la ropa para enxugarla?
Pep. Sí: el bastidor; bruto, bestia....
Bart. El que ha venido á la zaga
del coche?... *Pep.* Mira, bribon,
no te harte de bofetadas.
Bart. Voi allá. (Qué malas pulgas!) *vas.*
Clar. Bien pensado! En Madrid pasas
mano sobre mano meses
enteros; y hoi que se trata
de gozar del campo, venga
la labor. Moza aplicada!
Pep. Estoi bordando un chaleco;
y le he de acabar sin falta
mañana mismo. *Clar.* Adelante.
Vamos, Señores. Trabaja. *á Pep.*
Gonz. Se queda usted, Doña Ambrosia?
Amb. Es preciso acompañarla.
Vanse por la izquierda Don Gonzalo,
Doña Clara, Don Eugenio, y Don Ba-
silio. Vuelve Bartolo con el bastidor
añado. (*ca Bartolo silla alta.*
Bart. Aquí lo traigo. *Pep.* Una silla. *acer-*
Bart. Aquí la pongo. *Pep.* Una baxa,
alarbe. *Bart.* Aquí está. Qué mas?
Acerca una silla baxa.
Pep. Que te mudes. *Sentándose.*
Bart. Pues mudanza. *vase.*

ESCENA VI. *D. Pepita bordando; y D. Ambrosia.*

Amb. Quién como el Marques merece
que esas manos delicadas
se empléen?... *Pep.* No le hará daño.
Amb. Cómo no? Pues tú pensabas
regalarle ese chaleco.
Pep. Es verdad. *Amb.* No te idolatra?
No es ya tu Novio, aprobado
por Don Gonzalo? No le amas?
Pep. Ya estoi de otro parecer
murió el Marques: y en sus barbas
he de hacer esta fineza
á Don Eugenio. *Amb.* Inconstancia!
Injusticia! A Don Eugenio,
que te pone tantas tachas,
que con sus exhortaciones
ridículas te empalaga?
Pep. Cierto; pero el Marquesillo
me tiene mui enfadada.
Amb. Porque ofreció acompañarnos
hoi...? *Pep.* Y nos dexó plantadas.
Amb. No habrá podido tal vez....
Pep. Pues que pueda, pese á su alma.
Amb. Quexitas? Yo haré las paces.
Pep. Bien; como yo no las haga....
Amb. El te desenojará.
Pep. Que si quieres! *Amb.* Calla, calla,
ya le tenemos aquí.
Qué presencia tan gallarda!
Mirale. *Pep.* Mui buen provecho.
Amb. Cuidado como le tratas.

ESCENA VII. *D. Pepita, D. Ambrosia, y el Marques mui petimetre, sin espada.*

Marq. Ah! que vengo penetrado
de un dolor cruel! Madamas!
He faltado al *randé-vú.*
Como es corréo de Italia
hoi precisamente, quise
dexar escritas mis cartas....
Y bien, amable Pepita?
Qué! Recibirme indignada!
No merezco un golpe de ojo
lisonjero? una palabra
consolante? Me delato,
soi un criminal. *Pep.* Machaca!
Marq. Tenga usted la complacencia
de

de hacerme por pura gracia
el honor de querer darse
la pena de oir la causa
de tal inexâctitud.
Este aire brusco me alarma.
Sí: mi delito es enorme,
atroz; me cubre de infamia;
pero yo haré mis excusas,
ó esta casa de campaña
será para mi el teatro
de una escena sanguinaria.
Ah! Ya la conjuro á usted...
Pep. Estoi acaso endiablada?
Amb. Vamos, Pepa... Marquesito,
esta será alguna chanza.
Marq. Pero á bien que justamente
traigo aquí con que aplacarla:
un sacrificio que ha dias
juré ofrecer á sus aras
como el mas tierno homenage... *saca*
Una lista detallada (*un monton de*
de las jóvenes bellezas (*papeles.*
que han sido objeto de varias
intrigas galantes mias
en Lóndres, París, La-Haya,
y otras Cortes. Estos son
(sin que parezca jactancia)
billetes que me han escrito
en lengua Inglesa, Italiana,
Francesa, et cétera: algunos
retratos que conservaba
de mis favorecedoras,
y otras pequeñas alhajas,
que, quando no conocia
á la beldad que hoi me encanta,
eran para mí de un precio....
Pero ya solo ella manda.
Todo se lo sacrifico;
y además.... *Amb.* Niña, levanta
la cabeza. No agradeces
semejante expresion? Habla.
Marq. A lo ménos, yo obtendria
mi perdon, como escuchara
Pepita esta produccion
en verso, que á su alabanza
he escrito ayer. No imagino
que su labor la distraiga
tanto, que dude acordarme
la bondad de oir. En Francia
las que ponen mas en boga
unos versos, son las Damas:
llenas de conocimientos,
todas son allá ilustradas.
Yo leo. *Amb.* Pues atendamos.
Marq. Esta es la primera octava.
Lee. „Tu ascendiente feliz, que me electri-
„pone en juego del alma los resortes; (za,
„y si el nupcial concierto se organiza,
„él hará remarcables mis trasportes:
„mi pasion con la tuya simpatiza,
„batiendo el corazon pianos y fortes;
„y de esta vibracion interesante
„tú eres muelle real, y yo el volante.
Amb. No oyes qué graciosos versos?
Doña Pep. Con mucha prontitud.
ai, Doña Ambrosia de mi alma!
de lo que me acuerdo ahora!
Amb. Dí: por qué te sobresaltas?
Pep. Ah! mi perrito *Jazmin!*
Se nos ha quedado en casa.
Lo primero que encargué....
La tonta de mi criada!
Voi á enviar por él. *gritando.* Bartolo.
En voz baxa. La despediré. Qué rabia!
Gritando. Tio Pedro! Nadie responde.
Mejor será que yo vaya.
Ah! mi pobre *Jazminito!*
Qué hará solo allá sin su ama?
Vase precipitada por la puerta del frent.
Amb. Marques mio, vamos; que estos
caprichos pronto se pasan.
En todo caso, recojo
los billetes, y esa octava,
que á su tiempo harán efecto.
El asunto de importancia
que tenemos entre manos
es executar la traza
que usted ha inventado, á fin
de que Don Eugenio caiga
hoi de la gracia del padre.
Se ha fingido ya la carta
consabida? *Mar.* Aqui la traigo. *Sacan-*
Amb. Pero no viene cerrada. (*do una*
Marq. Abierta, y sin sobrescrito. (*carta.*
Amb. De ese modo se solapa
mejor el engaño. Ahora
pensemos como dexarla
caer en la faltriquera
de Don Eugenio *Marq.* Con maña
el golpe de mano es fácil.

Se acerca usted, verbi gracia,
quando él esté distrahido;
y muy pronto en la casaca....
Amb. Venga la carta; que yo
así á la disimulada....
Marq. No se apercibirá de ello.
Amb. Y si acaso lo repara,
diré que iba á darle un chasco.
Estoi viendo ya que el gana
á Don Gonzalo, y aun temo
que tal vez á la muchacha,
como no andemos mui listos.
Le protege Doña Clara,
que está mui mal con usted
y conmigo. Alguna trama
discurriremos tambien
para que hermano y hermana
vuelvan á descomponerse;
por que si esta remilgada
no salta luego de aquí,
dos bodas nos desbarata:
ni usted logrará á Pepita,
ni yo seré su madrastra.
Marq. A propósito, señora:
lleva usted mui avanzada
su pretension con el Padre?
El hace ver repugnancia
al matrimonio. Y qué importa?
Redoble usted sus instancias.
No es joven; pero el carácter
es dulce; no pára en casa;
en fin, será un buen marido.
Y luego son tan escasas
las bodas ricas. *Amb.* En eso
estoi: la ocasion es calva;
y ya sobre la materia
le he dado alguna puntada.
Pero aun mas le estrecharé
hoi. *Marq.* Sí con toda eficacia,
mi adorable protectora;
y miéntras usted ataca
al padre, yo con la hija....
Amb. Chito! que ya está en campaña
Don Eugenio. Aquí entra el golpe.
Marq. Pues, amiga, alerta! al arma!
Este plan, este complot
es nervio de nuestra alianza.

ESCENA VIII. *El Marques, D. Eugenio, D. Ambrosia, leyendo los versos.*

Eug. Señor Marques, bien venido.
Marq. Servitor. *Amb.* Y la comparsa?
Usted separarse de ella!
Pero ya: lo que alla falta
es lo que usted busca aquí.
Eug. No, señora: esto buscaba.
Toma el quitasol que dexó D. Clara sobre una silla, y hace ademan de irse.
Amb. Ese quitasol? *Eug.* Le pide
mi Señora Doña Clara.
Amb. Don Eugenio: tan de prisa?
Quiero, ántes que usted se vaya,
que lea y juzgue estos versos. *se los*
Son de un nuevo autor, que calla (*entre-*
su nombre. Con libertad: *(ga.*
diga usted: esa elegancia
no es mui comun. *Eug.* Antes pienso
Despues de haber leido.
que en nuestros tiempos no es rara.
Como esto se escribe tanto!
Triste lengua Castellana!
Qué *transportes remarcables*!
Y qué *resortes* del alma!....
Marq. Ha! miserables Puristas. *riéndose.*
Y han de ser los que no viajan
conocedores en lenguas?
Qué absurdidad! *Eug.* Las extrañas
aprenden viajando algunos
razonablemente, y gracias;
pero despues á viciar
la suya nadie les gana.
Marq. Ni tampoco á enriquecerla.
Eug. Segun: porque hai abundancia
que es superfluidad y vicio
D. Ambrosia introduce al descuido la carta en el bolsillo de la casaca de D. Eugenio, miéntras éste disputa con el Marques.
Marq. Como! Sin salir de España
se atreven á razonar!
Eug. Es mui poco lo que gana
en viajar el que no lleva
la instruccion anticipada;
y enseña el ver muchos libros,
mas que el ver muchas posadas.
Marq. Y sostendrán que no es éste
el taller de la ignorancia!
Eug. Aborrezco las disputas,
y mas, siendo de esta casta.
Volviendo el papel á Doña Ambrosia.
usted me dé su licencia;
que

que en semejantes demandas
del que mas habla es el triunfo,
y la razon, del que calla.
Marq. Aquí el sentido comun
y el gusto van á la diabla.
Despues de darse los aires
de mi rival así ultraja
á personas de mi rasgo!
ya nos verémos. *Amb.* Cachaza,
Marqués: sosieguese usted;
y al negocio. La artimaña
salió mui bien. Quando él vea
lo que contiene la carta,
y Don Gonzalo reciba
la otra que aquí le traigan,
confirmando el mismo aviso
de que están de mala data
en Cataluña las cosas
de la fábrica, ya se arma
una buena tremolina.
No le arriendo la ganancia
al Don Eugenio. Si, entrando
los dos en desconfianza,
reñiran. *Marq.* Lo creo bien.
Nada mejor. *Amb.* Y quedaba
por nuestro el campo, en logrando
desquiciar á Doña Clara.
Marq. Ah! no exîste una muger
mas secatora: montada
á la antigua, misantropa;
y sin una idéa exâcta
del buen tono y del gran mundo.
Es mui probable que nazca
de sus funestos consejos
la mutacion tan extraña
que encuentro en la Señorita.
Porque al fin (dexando aparte
procuraré de calmarla;
que me agrada la elegancia
de su figura) es partido
excelente; me entusiasma:
y aunque veo que en el fondo
ella está mal educada,
el dote no es bagatela;
cuento sobre él; y tomadas
tengo todas mis medidas
para llevarmela á Italia.
Allí se vive, señora. *Amb.* Ya viene.

SCENA IX. *D. Ambrosia, el Marqués, D. Pepita que sale por la puerta del frente; y despues el tio Pedro.*

Amb. ¡Qué cabizvaxa!
¡qué suspensa! Y *Jazminito*?
Pep. sentandose. He mandado ya
que parta Bartolo á Madrid por él.
Amb. Estarás tranquilizada
con eso; y harás mas caso
del Marqués. *Marq.* Usted pensaba
en un pequeño animal
mas que en su amante. Trocara
mi situacion por la suya.
Amb. Perdonale ya su falta.
Pep. Vaya: á trueque de no oir *Risue-*
lástimas.... por perdonada. *ña*
Marq. Qué delicia! Estas bondades
sobrepasan mi esperanza.
Permita usted que á esos pies *arrodi-*
yo me prosterne, me abata, *llase.*
me confunda. Ah! qué sonrisa
tan insinuante! *Ped.* Naranjas!
Saliendo de repente, y quedandose suspenso al ver al Marqués.
¡Con qué devocion está!
La Señorita y el Marqués, sin atender al recado que dá el tio Pedro, continúan hablandose en secreto.
Ped. Señora. *Amb.* De qué se trata?
Ped. Un recáo. *Amb.* No es ahora
tiempo. *Ped.* Es que el perrito. *Amb.* Na-
Ped. Parece ser, segun dice da.
el lacayo. *Amb.* Qué matraca!
Ped. Oiga su mercé. *Amb.* Dexarlo.
Ped. Que es escusao que vaya
Bartolo por él. *Pep.* Qué ha dicho?
Amb. Tonturas. Tio Pedro, basta,
Ped. Pues volviendo á lo del chucho,
diz que hoi á la madrugáa.
Amb. Dale! *Ped.* Dexaron la puerta
abierta, y se jué de casa.
Pep. Ai, querido mio! *Marq.* Amable
Belleza! *Pep.* Prenda de mi alma!
Qué hermosos ojos! *Marq.* Favor
que no merezco. *Pep.* Qué cara!
Marq. Ella y todo es de Pepita.
Pep. Tan vivo, con tanta gracia!
Marq. Ah! Me sonrojo. *Pep.* Y qué fino!
Marq. Fino sí soi. *Pep.* Y unas lanas
como la seda, una cola
tan larga, tan enroscada!...
Marq. Como! Quién? *Jazmin*? Ah! sí.
Yo

Yo pensé que usted hablaba
conmigo. *Pep.* Con el demonio (*Levan-*
hablaré: voto á la trampa!) (*tandose*
le haré poner en el Diario (*irritada.*
dos veces cada semana.
Amb. Aquietarse; que tu tia
vuelve ácia aquí; acompañada
de toda la gente seria.
Pep. Pero, amiga, aquella mancha
rubia que tenia en medio
del lomo. *Amb.* Pepita, calla.

SCENA X. *Los mismos, y D. Clara, con quitasol, D. Gonzalo, D. Eugenio, y D. Basilio.*

Gonz. Llegó usted por fin, Marqués.
El Marqués hace, sin hablar, dos ó tres cortesías afectadas.
Gonz. Vamos adentro, á la sala;
que el almuerzo está esperando.
Ped. Y se enfriarán las magras. *vase.*
Gonz. Pepa, vén. *Pep.* Estoy ahora
de mal humor. Si probara
bocado, se me volviera
veneno. *Gonz.* Pero, muchacha.
Pep. Ustedes se han paseado?
Pues ahora me da gana
de pasearme tambien.
Clar. Para llevar la contraria.
Pep. Y para estar sin fiscales;
que quando tengo mis rabias,
me las paso yo solita,
(muy buen provecho me haga.)
Sin incomodar á nadie
con respingos, ni alharacas.
Y sobre todo (me explico?)
á quien ponga mala cara,
otra peor; que quien debe
y paga, no debe nada. *vase.*
Clar. Lo vés, Gonzalo? *Gonz.* Y á mí
qué me dices? Vaya hermana,
Marqués, Doña Ambrosia, entremos.
Marq. Ah, Señor! Que yo privara
á usted jamas del derecho
de dar el brazo á esta Dama!
adelante: alon. *Marq.* No viene
D. Ambrosia se va por la puerta del frente con D. Gonzalo, dandola éste el brazo.
mi Señora Doña Clara?
Clar. Entre usted, que ya seguimos
Marq. encogiendose de hombros, y haciendo una reverencia.
San fason. Esta antigualla
de la etiqueta es inútil. *vase.*
Clar. Y si lo es, para qué usarla?
Don Eugenio, mi sobrina
confirma su extravagancia
cada vez mas. *Eug.* Con todo eso
no me parece tan ardua
la empresa de corregirla.
Clar. Su afecto de usted le engaña.
El tiempo dirá: veremos
quan poco fruto se saca.
Yo estimo á usted por su juicio,
por su honradez consumada;
y estoy previendo el sensible
desaire que le amenaza.
Bas. Lidiamos, amigo mio,
con una gente muy rara.
Novio, un Marqués, que en dos meses
logra aqui tal confianza,
sin mas motivo que haber
baylado dos contradanzas
con la Chica no sé donde,
y ofrecerle ella la casa.
Protectora, una vecina
imprudente, casquivana,
que fomenta los caprichos
de esta Niña mal-criada.
Testigo de todo, un padre
que nunca se inquieta, vayan
como vayan los negocios.
Por una parte declara
que la Pepita será
de usted, como la persuada;
por otra, que ella prefiere
al Marqués; que violentarla
la voluntad no es posible;
y que él dió ya su palabra.
Luego ha dicho que las cosas
estan tan adelantadas,
que ya Doña Ambrosia cuida
de la eleccion de las galas
para la boda: y lo bueno
es que el tal Marqués se encarga
del aderezo, diciendo
que le hace venir de Francia,
y le introduce por alto.
Yo me temo alguna maula;
porque mi hermano soltó

para comprar esta alhaja
diez mil pesos; y aunque dice
el Marqués que está girada
la letra á París, quién sabe
si tal vez.... Con verlo basta.
Clar. Y para venir á ser
testigo de una desgracia
ha querido usted sacarme
de mi retiro? No estaba
mejor léjos de un hermano
incapaz de remediarla?
Le exhortaré nuevamente
para que se apuren quantas
diligencias penden ya
de mi influxo. Saldrán vanas;
pero á lo menos me empeño
en quedar acreditada
con usted de buena amiga,
y con él de buena hermana.
Bas. Yo ayudaré por mi parte.
Mas ya adentro nos aguardan.
Vamos. *Eug.* No me desalientan
las disposiciones dadas
por Don Gonzalo. Me estima;
y puede aun revocarlas.
Clar. Y el Marqués? *Eug.* Le falta seso;
y podrá perder la gracia
de hija y padre. *Bas.* Y Doña Ambrosia?
Eug. Por lo mismo que ya manda
demasiado, es muy posible
que llegue á no mandar nada.
Clar. Pues qué falta para el logro
de tan buenas esperanzas?
Eug. Que tenga yo tal industria,
tan persuasivas palabras,
que muestre á la Señorita
los vicios de su crianza,
y la pruebe que llevando
siempre la razon por pauta,
quien los detesta de veras,
de veras los desarraiga.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I. *D. Gonzalo, el Marqués, y D. Ambrosia.*

Gonz. Tambien es fuerte rigor,
no han de permitir siquiera
que, quando vienen al campo
quatro amigos, se diviertan?
Sobre que me han puesto ya
de mal humor...: Y es empresa
que pocos han conseguido.
Marq. No conocen las maneras
de la buena sociedad;
no saben vivir. Si vieras
qué deliciosas partidas
de campaña, qué soberbias
Vilechaturas se forman
en Italia, en Inglaterra!
Es otro método aquel.
Animada una asambléa
con los nobles sentimientos
que la inspira una docena
de botellas de Champaña.
Gonz. Nó: por acá bien alegra
el de Xerez. Pero, amigo,
todo se vuelve hoy reyertas
aquí. Vea usted mi hermana
qué séria está! Mas valiera
no habernos reconciliado,
ni pensar en tener fiesta.
Desazona desde luego
á la Chica. Entonces ella,
como sufre pocas chanzas,
toma el portante, y se queda
sin almorzar. Esos majos
bailarines, que pudieran
alegrar esto, se marchan.
Don Eugenio con sentencias
nos muele; y usted ahora
traba con el en la mesa
qüestiones sobre los viages,
sobre el idioma; se alteran
los ánimos; y así damos
con la diversion en tierra.
Soi amante de la paz;
y por huir de pendencias,
allá los dexo, y me iré
por ahi con mi escopeta.
Ambr. Siempre toma Don Eugenio
por pretexto esas materias
para oponerse al Marques;
pero, amigo otra es la guerra
que él quisiera hacerle. *Gonz.* Ya:
resentido de que Pepa
no se inclina... *Amb.* Ese es el pique,
mas qué pretension tan necia!
querer que ame una muger
por reflexîon! A bien que ella
no es tonta: elige á su gusto;
y no es regular que atienda

al filosofo que exhorta
mas que el galan que la obsequia.
Marq. Usted no es padre tirano.
Gonz. Y ella ajustará sus cuentas;
que á mí

ESCENA II. *Los dichos, y el tio Pedro con una carta en la mano.*

Gonz. Qué es eso? *Ped.* Una carta.
Gonz. Hombre! ni aun aquí me dexan
respirar? Cierto que estamos
hoy para correspondencias.
Ped. mientras D. Gonzalo abre y lée la carta.
La truxo un hombre de capa,
y no ha esperao respuesta.
Diz que venia de parte
de uno que no se me acuerda
el nombre. *Gonz.* No tiene marca
del correo en la cubierta.
Amb. Será de Madrid. *Gonz.* No tal.
Marq. La habrán enviado de fuera
inclusa en otra, encargando
la comision de su entrega.
Gonz. Así será.... Pero aquí
se me dan noticias. *Amb.* Buenas?
Gonz. Diabólicas. Oíga usted.
Lée „Mui señor mio: Aunque no
„tengo el honor de conocer á usted sino
„de reputacion, la probidad me exhorta
„á comunicarle un aviso importante. El
„correo último hice saber á Don Eugenio
„de Lara que los que le administran la
„fábrica ó manufactura que ha estableci-
„do en esta Villa; le han malversado
„una suma enorme; y que viendose
„ya en un descubierto que no puede tar-
„dar en hacerse público, están prepa-
„rando secretamente su fuga fuera de
„España, y dexarán arruinado al pro-
„prietario. Vengo de saber que es usted
„uno de los principales interesados en
„los fondos de la fábrica en qüestion; y
„sensible á una tan desagradable catás-
„trofe de que está amenazado, le doy
„reservadamente la misma noticia para
„su gobierno: bien entendido que éste
„es un secreto que nadie sino yo ha pe-
„netrado hasta ahora.“ Firma D. Vic-
tor de Sierra.
A Dios! voló mi dinero.
Amb. Que á un hombre de bien suceda
qualquier contratiempo, vaya;
pero usar tanta reserva
con usted!... De Don Eugenio
digo que no lo creyera.
Marq. Con que éstos que aun no se juzgan
susceptibles de pequeñas
faltas, y secan al mundo
con su gran moral.... *Gonz.* La pegan
lo mismo que todos. *Marq.* Yo
le presentara la quexa
la mas amarga. *Gonz.* Sí; amarga,
agria, y con sal y pimienta.
Amb. Sobre mi dinero voces.
Gonz. Ahí es una friolera!
Oh! nos verémos las caras.
Amb. Por eso he notado señas
de tristeza en Don Eugenio.
Marq. Quien duda que su conciencia
le habrá estado reprochando
esta falta de franqueza
con un amigo? *Amb.* Usted saque,
con la mayor diligencia
de poder del señor mio
todo su caudal. Las pruebas
que da usted de generoso
son loables; pero llegan
las cosas á cierto punto....
Gonz. Ya tomaré providencia.
Tio Pedro está Don Eugenio
adentro? *Ped.* Cacia la huerta
le he visto con la señora
Doña Clara. *Amb.* Mui estrecha
se va haciendo esa amistad.
Marq. Tambien tienen sus flaquezas
los filósofos: prodigan
sublimes rasgos; condenan
todo capricho amoroso;
declaman: pero se dexan
seducir del bello sexô.
Amb. Conviene que usted se vea
con Don Eugenio quanto ántes.
Marques, el señor se queda.
Vamos á nuestra partida
de tresillo. *Ped.* Ya está puesta
la mesa. *Amb.* En donde? *Ped.* En la sala.
Marq. Debaxo de la glorieta
estariamos mejor
situados. *Amb.* Llevar la mesa
allá tio Pedro y baraxas.
Vase el tio Pedro; y sale D. Basilio.

ESCENA III. *D. Gonzalo, D. Ambrosia, el Marques, y Don Basilio.*

Gonz. A Dios, hermana.
A Ambrosia. Y quién tercia?
Amb. Pepita: eso ya se sabe.
Gonz. Donde andará la tal Pepa?
Bas. Tanto disgusto parece
la causa nuestra presencia,
que por huir de nosotros,
(segun Bartolo nos cuenta)
se ha ido en una borrica
á corretear por las eras,
escoltada de los mozos
de labor. *Gonz.* Es traviesa
como ella sola. *Amb.* Pues bien:
dexarla que se divierta.
Si volviere por aquí,
decirla que allá la espera
el Marques. Hasta la vista.
Marq. Andiamo.
Vase con D. Ambrosia por la izquierda. El tio Pedro y Bartolo salen por la puerta del frente, llevando una mesa de juego. Bartolo vuelve la cara como para escuchar, y se va deteniendo.
Ped. Acá por la izquierda.
Menéate. *Bart.* Poco á poco.
Ped. Vas volviendo la cabeza,
y despacito, por si oyes
lo que los amos conversan. (tiendo.
Bart. Quien yo? *Ped.* Sí; tú: ya te en-
Anda, hombre. *Bart.* Si en esta pier-
me ha dao como un calambre. (na
No arrempuje uste. *Ped.* Arréa.
Vase por la izquierda.
Bas. Hermano, escucha un momento.
Gonz. Estoi de priesa. *Bas.* Quisiera
consultar algunas dudas
contigo. *Gonz.* Bien: como sean
brevecitas. *Bas.* Solo haré
quatro preguntas ligeras.
Gonz. Pues á la quinta no aguardo.
Despachemos. *Bas.* La primera.
Por qué te dexas mandar
de esta viuda tan á ciegas?
Gonz. Porque es mis pies y mis manos;
porque mi casa sin ella
se perdería; porque es
ella quien me la gobierna,
y pudiera gobernar
una Monarquía entera;
porque no es aya, ni amiga,
ni compañera de Pepa;
sino una segunda madre....
Bas. Y excelente consejera.
Gonz. Como que tiene talento.
Bas. Lo dirán las conseqüencias.
Y por qué te pagas tanto
del Marques? *Gonz.* Porque sus pren-
han agradado á la chica; (das
y en estando ella contenta,
lo estoi yo. Van dos preguntas.
Tercera. *Bas.* Y cómo se empeña
Doña Ambrosia en proteger
á un forastero que ápénas
conocemos? *Gonz.* Es que ciertos
sujetos tienen estrella
con las damas. *Bas.* Y por qué?
Gonz. Porqué? Quieres que lo sepan
los hombres: si muchas veces
tampoco lo saben ellas?
Bas. Y es posible que, debiendo
tu hija por su nobleza,
gallarda persona, y dote,
emplearse bien, consientas
que un capricho. *Gonz.* Qué capri-
El de querer ser Marquesa? (cho?
Pues muchas lo tomarían
á dos manos. *Bas.* Considera
que tiene muchos resabios,
y no procuras su enmienda.
Gonz. Porque no hallo que emendar;
y por que quiero que sea
franca, alegre, sacudida,
no sosa, ni zalamera,
y que al lucero del alba
responda, quando se ofrezca,
una claridad. Estamos?
Bas. Ya; pero no me hace fuerza.
Gonz. Tienes mas que preguntar?
Bas. Nada: y segun tus respuestas,
aun de lo que he preguntado
te aseguro que me pesa.
Gonz. Pues á Dios. *Bas.* Hermano, allá
lo verás. *Vase por la derecha.*
Gonz. Enhorabuena.
El tio Pedro y Bartolo llegan de vuelta al tiempo de concluirse esta conversac.

ESCENA IV. *D. Basilio, el tio Pedro y Bartolo.*

Ped. Ya te lo igo: algun chasco

puée ser que te suceda
por esa maldita maña.
Bas. Vaya por qué es la pendencia?
Ped. Porque este Bartolo too
lo parla, y too lo acecha:
curioso, y mormuraoor.
Bart. Curioso. Si no lo juera,
no sabria algunas cosas
que otros quisieran saberlas.
Bas. Qué cosas? *Bart.* Con estos ojos
que han de comer la tierra.
Vi yo.... *Bas.* Qué viste? *Bart.* Y oí
con estas mismas orejas....
Bas. Qué oiste? *Bart.* Pero mas vale
callar, porque no haya gresca.
Bas. No la habrá: dí. *Bart.* Estaba yo
compuniendo unas macetas
allí etras: y el Marques
(mi señor) en gran conversa
con Doña Ambrosia.... Y dirán
que uno tiene mala lengua;
pero las cosas de que ellos
platicaban no eran güenas.
Y despues aquella acion
que les ví hacer.... Ah! Vergüenza
me diera á mí, aunque soi probe....
Ea: dexémoslo. *Bas.* Espera.
Bart. Voi á coger unas pocas
de lechugas, y unas brevas
para meo-dia. Luego
le daré á su mercé cuenta
de toico; que estas cosas
no es menester que las sepa
naide, sino quatro, ú cinco,
ú seis personas de aquellas
de satisfacion. *vase.* *Ped.* Por poco
no añide hasta dos docenas.
Señor, usté no haga caso.
Bas. Tal vez será una simpleza,
ó tal vez, cosa que importe.
Lo seguro es que usted vea
como puede sonsacarle,
y traerme la respuesta.
Ped. No habrá menester tenazas;
y de aquí una hora, ú media,
trairé yo la razon de eso,
y mucho mas que él supiera.
Poquito le gusta al mozo
meterse en vias ajenas!
Voi tras él. *vase.*

ESCENA V. *D. Clara, D. Eugenio, y D. Pepita, que salen por la izquierda, y D. Basilio.*

Bas. Ah! Sobrinita
mia, bien venida seas.
Pep. Vamos, tio: usted tambien
entrará en la conferencia;
y de una vez para siempre
trataremos la materia
con toda formalidad.
Despacito, y buena letra.
Sentemonos. *Siéntanse los quatro.*
Bas. El asunto parece que va de veras.
Pep. Tendremos aquí los quatro
una junta; y en presencia
de mis tios, que me están
tratando de calavera,
se explicará Don Eugenio:
sabremos todos qué piensa
de mí: sabrá lo que pienso
yo de él: se dará sentencia,
á ver si, quedando en una
cosa fixa, dentro ú fuera,
consigo que ni él ni ustedes
me rompan mas la cabeza.
Clar. Me gusta esa claridad.
Ahora sí que das pruebas
de tener juicio. *Eug.* Empecemos
á exâminar con prudencia
tan importante negocio.
Yo, Señorita.... *Pep.* Mi arenga
es ántes que la de usted.
Bas. Sí que hable primero. *Pep.* Atiendan.
Este caballero ha dias
que con solemnes protestas
afirma gustar de mí;
pero no sé como entienda
esta aficion. Unas veces
se muestra fino; pondera
mi tal qual mérito; y pasa
á mi lado horas enteras,
acreditando que está
contento; y que se interesa
en mi bien. Mas otras veces
se disgusta; vitupera
mis palabras, mis acciones
y en tono de que aconseja,
me va poniendo unas tachas
fatalísimas: me alega
exemplitos; y en hallando

ocasion, no hai indirecta
que no me suelte al descuido,
y siempre en cabeza ajena.
Pues que nota en mí defectos
(que yo no sé quales sean)
ó no me quiere, y me engaña,
ó solo me quiere á medias;
y en uno y en otro caso
me resiento de la ofensa.
Si tengo las nulidades
que supone, nada cuesta
decírmelas cara á cara
sin rodeos ni zalemas;
pues, aun quando las demuestre,
le probaré que con esas
doscientas imperfecciones,
y dos mil mas que tuviera,
como él me quisiera en forma,
me diera una preferencia
absoluta, sin pararse
en tales delicadezas.
Si son escrúpulos suyos
otras hallará que tengan
mas gracia para curarlos,
ó mas dosis de paciencia
para sufrir á un galan
que tan suavemente mezcla
entre caricia y caricia
un párrafo de fraterna.
He dicho. Ustedes verán
si es bien fundada mi queja:
hable Don Eugenio ahora,
y salga por donde pueda.
Eug. Ese mismo proceder
mio, con que usted contempla
la agravio, es un testimonio
de inclinacion verdadera.
Puede una dama juiciosa
figurarse que merezca
su favor quien no procura
su felicidad completa?
Señorita, dos especies
hai de pasion: una ciega
que aspira al objeto amado
sin exâmen, sin cautela:
la satisfaccion presente
la incita con tal violencia
que solo anhela una dicha,
y en su duracion no piensa.
Otra pasion hai prudente,
reflexîva. *Pep.* La primera,
si la tiene usted, tal qual
la segunda, recogerla.
Quien ama es el corazon,
amigo, no la cabeza.
Clar. Pero él debe siempre hacer
la eleccion á gusto de ella.
Bas. Si no, el placer luego pasa,
y el desabrimiento queda.
Pep. Por qué me habré yo metido
en conversacion tan séria?
Eug. La que desea adquirir
estimacion duradera,
no confia en atractivos
de juventud y belleza,
que no suelen ser la finca
mas segura. *Pep.* Pues si feas
y tullidas las quiere
usted, famosa cosecha
hai de unas y otras. *Eug.* Señora
lo que digo es que las prendas
del ánimo, las virtudes,
y el entendimiento engendran
cariño mas racional
y de mayor permanencia.
Pep. Que antigualla! Ya el amor
se escoge como una tela:
no se repara en que dure
poco, si la vista es buena.
Eug. Piensa usted como mui joven.
Pep. Oiga! Pues á los cincuenta
pensaré del mismo modo.
Clar. Otras no llegan á treinta;
quando ya las desengaña
alguna triste experiencia.
Pep. Como? *Eug.* Yo lo explicaré.
Durante la primavera
de la edad logran ustedes
aplauso en las concurrencias
atenciones, rendimientos:
qualquier dicho es agudeza,
qualquier ademan es gracia;
todo se admira y celebra;
y en el corro de aspirantes
que embelesados las cercan,
el que menos encarece
su pasion la llama eterna.
Entonces casi no hai una
que, para ser feliz crea
necesitar otras dotes

que las de naturaleza.
La flor de la juventud
es rosa al fin; no es perpetua:
y apenas se ha marchitado,
quando toda ligera
bandada de mariposas,
que giraba en torno de ella,
desaparece, volando
á buscar flores mas frescas.
Pep. Ai, ai! Pobre Don Eugenio!
Se nos ha vuelto poeta
del siglo pasado. Vaya!
Sabremos de qué comedia
se sacó esa relacion?
Siga usted, que está discreta.
Eug. Me pregunta usted de donde
la saqué? De una tragedia
que en el teatro del mundo
sin cesar se representa,
y que siempre finaliza
con la escena mas funesta.
Pep. Quando? *Eug.* Quando una beldad
que tuvo séquito, llega
á verse desamparada.
Y qué recursos la quedan
entonces? Adoradores?
Ya ninguno se la acerca.
Amigos fieles? Y cómo
los ganó? Quáles conserva?
Supo acaso cultivar
su ingenio, adquirir ideas
capaces de fomentar
la conversacion amena?
Arraigó en su corazon
las virtudes que alimentan
el trato social y afable?
Aprendió la diferencia
que hai de la franqueza libre
á la ingenuidad modesta?
Pep. Y supongamos que en nada
de eso ha pensado. *Eug.* Pues sepa
que vivirá sin amigos;
que será víctima cierta
de una infeliz soledad
de la inaccion y tristeza.
Pep. Que se divierta, si quiere,
en hilar ó hacer calceta.
Bravo cuidado! Y por qué
me da esa gran reprimenda
usted, que no es nada mio,
ni me manda, ni me zela?
Eug. Porque en este mundo todos
somos de todos. Quisiera
que usted cobrase aversion
al tiránico sistema
de los que, segun estilo
Musulman, no consideran
á las mugeres nacidas
sino para esclavas necias
del hombre, y las privan casi
del uso de las potencias.
Emplee usted bien las suyas,
verá quánto la deleitan
ciertos estudios. *Pep.* Y luego
que me llamen bachillera.
Eug. Solo pensarán así
los que ignoran que hai tareas
no menos propias de un sexô
que de otro. Quién no se prenda
de una dama que reune
á la natural viveza
el util conocimiento
de la historia, de la recta
moral, de geografia,
y de las mas cultas lenguas
(como disfrute los buenos
libros escritos en ellas.)
La aficion á poesía,
dibuxo, música... *Pep.* Aprieta!
botánica, anatomía,
química, y toda la xerga
de Médicos y Abogados,
y despues la biblioteca
del Escorial enterita
metida en esta cabeza. *Levántase*
Dígole á usted que no quiero; (*atrope-*
y que en su vida se atreva (*lladamente.*
á dar lecciones, ni piense
que ha de ganar la prebenda
por oposicion, luciendo
la sabiduría. *Levántanse todos.*
Clar. Pepa, moderate. *Bas.* Y eras tú
la que sobre esta materia
ibas á hablar formalmente?
Clar. Falta que oigas la sentencia
que esperabas. Don Eugenio
te estima, y quiere tu emienda.
Dale oidos, y serás
feliz. Atiende á finezas
interesadas y falsas
de

de ese Marques, y á indiscretas
lisonjas de Doña Ambrosia;
y pagarás tu imprudencia.
No te digo mas. *Pep.* Ni aun tanto
era menester.

SCENA VI. *D. Gonzalo, D. Clara, D. Eugenio, D. Pepita, y D. Basilio.*

Gonz. Pendencias,
y mas pendencias! Querrán
dexar un momento quieta
á la muchacha? Pepita,
en el cenador te esperan
el Marqués y Doña Ambrosia.
Pep. Voy corriendo. Ahí les queda
el Séneca de estos tiempos,
que les meterá por fuerza
la erudicion en los cascos.
A Dios, á Dios. Quando él vuelva
á embocarme otra mision,
que me emplumen. Pocas de éstas. *vase.*
Gonz. Ahora bien: llega el caso *á D. Eug.*
de ajustar aquí unas cuentas.
Eug. Conmigo? *Gonz.* Sí: con usted.
No hay reparo en que lo sepan
mis hermanos. Cómo estamos
en quanto á las dependencias
de las fábricas? *Eug.* Mui bien
no se qué misterio encierra
esa pregunta. *Gonz.* Le pagan
á usted el producto entero
y puntualmente? *Eug.* Ninguno
tiene mas constantes pruebas
de ello que usted; pues percibe
siempre mui cabal su renta.
Gonz. Cierto; y aun adelantada.
Pero los que allá gobiernan
la fábrica en Cataluña
son sujetos de conciencia
y buen proceder? *Eug.* Lo son;
y ni la menor sospecha
tengo en contra. *Gonz.* Sin embargo,
segun Don Victor de Sierra
avisó á usted el correo
anterior, ellos saquéan
su caudal de usted, y el mio.
Eug. Como! *Gonz.* Y la fuga secreta
que meditan. *Eug.* Don Gonzalo!
Qué fuga? Habla usted de veras?
Gonz. Mas que usted, conmigo. Puedo
disimular la reserva
con que usted me lo ocultaba;
mas ahora que lo niega
tan redondamente, digo
que eso es jugarme una pieza
atroz: y aquí esta la carta
que lo declara. Usted lea.
Entrega una carta á D. Eugenio, y mientras éste lée con sobresalto, continúa D. Gonzalo.
Hoi he recibido aquí
este aviso. Que le tenga
usted callado hace dias,
me causa mucha extrañeza.
Eug. Ni conozco á este Don Victor,
ni he visto jamas su letra.
Gonz. Pues ese nos quiere bien:
y á fé que no es carta ciega;
que el hombre bien claro firma.
Vuelve D. Eugenio la carta á D. Gonz.
Eug. Será carta verdadera:
mas la noticia no lo es;
porque sé con evidencia
que aquel establecimiento
hoi, mas que nunca, prospera.
Gonz. Así lo aparentarán
los mismos que le manejan.
Eug. Las cartas que últimamente
he recibido, comprueban
lo contrario. A bien que todas
las traigo en las faltriqueras.
Empieza á sacar varias cartas que va mostrando á D. Gonzalo. D. Basilio ayuda á desdoblar algunas de ellas, y las exámina mientras D. Gonzalo hace lo mismo.
Clar. Basta que el Señor afirme
que no conoce tal Sierra,
sin que exhiba testimonios
de su verdad. *Bas.* No se encuentra
aquí firma parecida
á la de ese hombre. *Gonz.* Aver ésta...
me parece.... cabalmente....
la misma, la misma letra.
Eug. Es posible. *Gonz.* Véa usted.
D. Eugenio lée para sí la carta. D. Basilio se acerca, y pasa la vista por ella al mismo tiempo que D. Eugenio.
Eug. Qué es esto! *Gonz.* No se tolera
entre hombres de bien y amigos
tal ficcion. Y qué torpeza!
di-

disimularlo primero;
luego negarlo; y nos muestra
él mismo ahora la carta
que con frescura protesta
no haber recibido. *Eug.* Cierto
que es terrible mi sorpresa!
este aviso bien conviene
con el otro. *Bas.* Sí: y la fecha
es del correo pasado.
Gonz. Necesitamos mas pruebas?
Clar. Seguramente hay aquí
alguna trama encubierta;
pues no cabe en Don Eugenio
falsedad, ni estratagema.
Gonz. Yo de nadie fio. El chasco
es mui pesado; y mi quexa
es tan grave, que no admite
satisfaccion, ni respuesta.
Eug. Amigo. *Bas.* Hermano. *Clar.* Gonz.
Gonz. Que venga el señor, que venga
á congraciarse conmigo....
A Dios. Como si no hubiera
habido amistad jamas
entre nosotros. *Clar.* Sosiega.
Gonz. Ya se aclarará el asunto,
en forma; y pague quien deba, *vase.*
Eug. En qué confusion me ha puesto!
á menos que recibiera
yo esta carta, y la guardara
con las otras sin leerla....
Bas. Todo puede ser. *Eug.* Lo cierto
es que ya las apariencias,
á pesar de mi inculpable
integridad, me condenan.
Pero al fin, medios habrá
de vindicar mi inocencia,
si me escucha Don Gonzalo
con mas espacio. Intercedan
ustedes. *Bas.* Vamos á estar
con él, y hacer la mas séria
averiguacion de todo.
Clar. Y no debiera estar hecha
antes de insultar así
á un hombre honrado? *Bas.* Aquí llega
Pepita. Y viene riñendo
con su amada compañera.
Clar. Vámonos por este lado
no sea que nos detengan.
Vanse por la derecha Doña Clara, D. Eugenio, y D. Basilio.

SCENA VII. *D. Pepita, con unos naipes en la mano, y D. Ambrosia, que salen por la izquierda.*

Pep. Esto no se hace conmigo;
no, señora. Es insolencia
del Marqués. Pues! Disputarme
que es codillo, siendo puesta!
aquí está la baza: mira.
Amb. Cierto: la baza tercera;
el hizo quatro; yo dos...
Pep. *arrojando las cartas con enfado.*
no hay tal codillo. *Amb.* No sea.
Pero ven acá: te irritas
por esa gran bagatela
con quien te complace en todo?
Pep. Bastaba que lo dixera
yo, para no replicarme.
Y en fin; tengan ó no tengan
razon las damas, los hombres
deben darsela por fuerza.
Amb. Pero has tratado al Marques
malamente. Eso quisiera
Don Eugenio, que riñeseis
los dos. *Pep.* Aunque él me impacienta
con sus amonestaciones,
tiene otro modo; y sus prendas,
si he de hablar con claridad,
merecerían que hiciera
mas caso de él. *Amb.* Que tal digas!
Pep. Una cosa es que por tema,
por despique, por venganza
de que me enamora á medias,
y anda buscando defectos
que tildarme, yo conceda
mis favores al Marqués,
y otra es que no comprehenda
lo que vale cada uno.
Amb. Con que tu correspondencia
al que eliges por esposo
solo se funda en que intentas
castigar con un desaire
al competidor? *Pep.* Lo aciertas.
Amb. Pero no le amas? *Pep.* Conforme.
Si el amor es sentir penas,
ansias, desvelos, fatigas,
y toda aquella caterva
de lástimas que he leido
en comedias y novelas,
yo no tengo tal amor;
ni entiendo como hai quien pierda
el

el sueño y el apetito
por semejantes simplezas.
Pero si es amor gustar
de su aire, de su viveza,
de su petimetrería,
y buen pico, yo estoy ciega
por él. *Amb.* Eso basta; y sobra.
Con tal que no se aborrezca
á un hombre, es mui suficiente
para marido qualquiera;
que bodas de enamorados
no son las que mejor prueban.
Lo cierto es que por un ojo
de la cara no se encuentra
un novio: (en lo que consiste
no lo sé.) La grande empresa
es salir del infeliz
estado: despues se arregla
cada una como puede;
sobre todo quando acierta
con un hombre racional,
dócil, franco y de experiencia
del mundo como el Marqués.
Si te alabo, es por esta
razon mui principalmente;
pues en la hora que dieras
á Don Eugenio la mano,
pobre Pepita! Hazte cuenta
que ibas á ser una esclava.
Aquel? No te permitiera
ni un desahogo inocente.
Con sus máximas añejas,
su indigesta condicion,
y sus cansadas leyendas
pasaras buen noviciado.
Dios nos libre! Te midiera
los pasos con un compas.
el Marqués.... (qué diferencia!)
ya verás que bien te trata.
aunque en casandose, piensa
llevarte á Italia, le harémos
que desista de esa idéa;
y viviendo tu en Madrid,
figuráte qué perfecta
vida nos podrémos dar,
unidas en tan estrecha
confianza como ahora.
Si: nos tiene mucha cuenta
esta boda á ti y á mí.
pero temo que no sepas
manejarte con el pulso
necesario en la carrera
que vas á emprender. *Pep.* Confieso
que tengo poca reserva
para esas cosas. *Amb.* Pues, hija,
es menester que la tengas;
porque te aseguro que hoy
sin un poco de trastienda
está una muger vendida.
Tiempo llegará en que pueda
yo, pues que soi veterana,
hacerte unas advertencias
muy utiles; por que, mira:
como en casa y fuera de ella
los hombres todo lo mandan,
á nosotras no nos queda
mas recurso que mandarlos
á ellos. De esta manera
tambien lo mandamos todo.
He aqui la primera ciencia
de una muger. No es muy fácil;
mas no hay remedio: aprenderla;
ó resolverse á vivir
perpetuamente sujeta.
Pep. Vaya! Como yo me aplique
quatro dias con tus reglas,
y mi tal qual travesura,
seré el honor de tu escuela.
Amb. Ah! Gobernar á los hombres
es arte de mucha tecla,
y no se adquiere tan pronto.
A cada qual se le lleva
con método muy diverso.
Por mas que ellos se envanezcan
de lo que pueden y saben,
pregonando á boca llena
que nuestro sexô es el débil,
todos tienen sus flaquezas,
y tanto, ú acaso mas
deplorables que las nuestras.
Descubrir á cada uno
la suya, y darle por ella,
ese, amiga, es el secreto,
esa es la llave maestra.
Desde luego se supone
que la cobarde que no entra
poniendose en el buen pié
de mandar con prepotencia
los primeros quince dias,
por siempre jamas se queda
he-

hecha una monja en el siglo,
hija humilde de obediencia.
Es menester habituarlos.
Si el recien-casado empieza
á ceder, cederá siempre;
y la muger triunfa y reina.
Pero algunos que al principio
son dociles, se rebelan
despues. Aqui es necesario
recurrir á las cautelas
mas delicadas del arte.
A veces, indiferencia;
oír serena los cargos,
y como que se desprecian:
á veces abatimiento
de dolor y de vergüenza.
Y si no basta, acudir
con quatro caricias hechas
á tiempo; pero no usarlas
con demasiada freqüencia,
porque si llegan á hacerse
mui triviales, ya no pegan.
Quando el caso apriete mucho,
declamar con entereza,
y con furor que amanece
resoluciones violentas,
y de tal publicidad
que el pobrecillo las tema.
Sobre todo, negar siempre;
y nunca echarse por tierra.
en fin.... Pero me dexaba
lo mejor. Una xaqueca
de quita y pon, un buen flato,
manejado con prudencia,
son un bálsamo, querida;
porque no solo libertan
á una muger del apuro
y ahorran muchas respuestas,
sino que todos entonces
la cuidan y la contemplan,
y lo que antes fue reñirla,
es luego compadecerla.
Por la mañana: „Dios mio!
„estoy fatal, casi muerta;“
pero á la tarde vestirse;
como si tal cosa fuera;
parchecitos en las sienes;
y al paseo, á la comedia,
al bayle, ó á lo que salga.
Pep. Segun eso se remedan
los flatos? *Amb.* Muy á lo vivo;
ó sinó; un dolor de muelas.
Con qualquier enxuagatorio
se tiene la boca llena;
y entonces, aunque la estrechen
á una, no se contesta.
Pep. Bien fáciles de aprender
me parecen esas tretas.
mucho mas dificultoso
es llorar quando una quiera;
y eso ya lo sé yo hacer.
Amb. Sí? Pues tu saldrás experta.
Pep. Y hacerme la vergonzosa
quando oigo cosas no buenas
para que los hombres queden
prendados de la inocencia.
Amb. Ingenio felíz! Por donde
muchas acaban, tú empiezas.
Pep. Con todo; quiero me enseñes
nuestras máximas secretas.
Amb. Solo aquí, que no nos oyen
los hombres, las descubriera.
Hay otras muchas; y todas
contribuyen al sistema
de que hagan su voluntad,
gasten siempre, y se diviertan
las carísimas esposas
que carísimo les cuestan.
Pep. Es menester que lo aguanten
al fin, quieran ó no quieran;
que para eso son maridos.
Bastantes impertinencias
sufrimos con criaturas
con amas, y otras cinquenta
pensiones, que ellos no sufren.
Les toca cuidar la hacienda:
luego el gastarla con todo
lucimiento es cuenta nuestra;
ó verán lo que les pasa
si no nos tienen contentas.
Amb. Sin duda ya ellos conocen
algo de esto; porque apenas
se les habla de consorcio,
huyen el cuerpo, y nos tiemblan.
Pep. Prosigue, amiguita mia;
que me gustan esas reglas.
Amb. De paso he dicho esto: el uso
te enseñará otras cosuelas.
Pep. Pues mas despacio hablaremos.
Amb. Sí; que es larga la materia.

vamos, discípula. *Pep.* Vamos;
incomparable maestra.
Amb. Volvamos á la partida.
Pero aguarda. Aquí se acerca
tu padre. Puedes ahora
echarle una especie suelta
sobre eso que hemos tratado.
Pep. De mi tia? *Amb.* Y que la obsequia
Don Eugenio. A ver si es dable
deshacernos de él y de ella.

ESCENA VIII. *D. Pepita, D. Ambrosia, el Marques y D. Gonzalo.*

Marq. Es deshonorante el crimen.
Puede estar mas descubierta
la traicion de Don Eugenio?
Gonz. Pero mi hermana se empeña
en disculpar á su amigo....
(Suio, porque si antes lo era
mio, ya no lo es.) *Amb.* Y usted
se admira de que defienda
Doña Clara á Don Eugenio?
Marq. Ignora la inteligencia
amorosa que mantienen. (na.
Gonz. Mi hermana y él? *Pep.* Como sue-
Gonz. Qué dices, muchacha? *Pep.* Digo
lo que sé. Pues soi yo ciega?
Gonz. Aunque los tres me lo afirmen,
no concibo tal sospecha
contra Clara, que no ha dado
jamas que decir. *Pep.* Es diestra
en ocultar con la capa
de santidad las miserias
humanas; mas yo la entiendo.
Gonz. Es fragil como qualquiera;
pero suspendo mi juicio
hasta que tenga unas pruebas.
Pep. Yo las daré mui de vulto.
Verbigracia: su doncella
me cuenta que Don Eugenio
ni un dia siquiera dexa
pasar sin ver á mi tia.
Gonz. Eso es porque, como piensan
á lo filosofo, gustan
uno de otro.
Amb. en tono de malicia. Ya: congenian.
que es lo principal. *Pep.* Y si andan
regalándose finezas
como dos enamorados,
qué dirá usted? *Gonz.* De manera
que pueden ellas ser tales...
Pep. Pero como! Usted se acuerda
del relox que dió á la tia
quando se casó? Pues sepa
que lo tiene Don Eugenio,
ponderando que le aprecia.
Gonz. Y ella se le ha regalado?
Pep. Pues querria usted que él fuera
á hurtarle? *Gonz.* Yo necesito verlo
Pep. Luego que parezca
por aquí, se le haré yo
sacar. Y quando usted vea
un bolsillo de oro y plata,
con un pasador de piedras
finas, y (lo que denota
mas estrechez) con las letras
del nombre de Don Eugenio.
El le tiene: obra estupenda
de las primorosas manos
de mi tia, y manifiesta
memoria de su cariño.
Gonz. Y eso es cierto? *Pep.* Usted no
en gazmoñadas. Las que (crea
son así, mosquitas muertas....
Dios me libre! Y dan consejos
á las demas. Zalameras!
Yo digo: sí, sí; nó, nó;
y quiero la gente ingenua;
pero esas hipocresías....
Gonz. Calla, niña. *Pep.* Me degüellan.
Gonz. Es posible que mi hermana....
Pero allá se las avenga
con su marido. *Amb.* Aquel sí:
es hombre de mucha espera:
un bendito. *Marq.* El tomará
paciencia. Al fin, siempre es esta
la suerte de mil maridos;
y no obstante que los juegan
sobre el teatro á la cara
del porterre, ellos no dexan
de seguir su tren de vida,
ni toman una gran pena.
Pep. Y usted, padre, qué me dice
del Don Eugenio, que, mientras
públicamente pretende
á la sobrina, festeja
á la tia callandico?
Parece que el hombre es pieza.
Amb. Oh! yo no sé con que cara
solicita le prefieras al Marques.
Marq. Si él me pudiese

suplantar, para mí fuera
un golpe mortificante.
No lo temo.... Mas él llega.
ESCENA IX. *Los dichos, y D. Eugenio,*
Eug. Mi señora Doña Clara,
y su digno esposo esperan
que usted, señor Don Gonzalo,
por un breve rato venga
conmigo á la sala. Allí
daré á usted la mas completa
satisfaccion que es posible
por ahora; pero resta
que mañana, ó esta noche,
luego que estemos de vuelta
en Madrid... *Gonz.* Bien. Todos esos
quebraderos de cabeza
dexémoslos para allá,
y veremos por quien queda.
Pep. Don Eugenio qué tal anda
su relox de usted? Quisiera
poner el mio á la hora.
á ver. *Eug. Sacando el relox.*
Las nueve y quarenta.
Gonz. Acercándose á mirar el relox.
nueve y quarenta.... En efecto.
Vaya que no lo creyera!
Eug. Qué fuese esta hora? *Gonz.* Pues:
hubo aquí una duda.
Pep. No era yo la que estaba atrasada *á*
de noticias. Por la tema: (*D. Gonz.*
se ha desengañado usted?
Gonz. Tienes razon. Quién me trueca
este doblon de ocho?
Eug. Sacando un bolsillo. Yo.
Gonz. Para pagar una cuenta
al tio Pedro. *Pep.* Que bolsillo
tan lindo! Pues en las tiendas
no los hai de estos. *Eug.* Perdone
usted que no se le ofrezca;
porque es dádiva estimable
de otra dama. *Pep.* Y se pudiera
saber quien es? *Eug.* Su señora
tia de usted. *Pep.* Sí? de veras?
Está mui bien empleado.
Gonz. Mirando con atencion al bolsillo.
Celebro que se entretenga
mi hermana en buenas labores,
propias de su sexô. En ciertas
especies de habilidades,
la que menos corre, vuela.
Pep. Marques, á jugar; que estoi
picada de aquella puesta.
Marq. Y querrá usted desquitarse?
Pep. Sí; pero de otra manera.
Esos juegos carteados
son tan insulsos.... Si fueran
de apunte, ó de envite fuerte.
Marq. Al quince? *Pep.* Al quince me
la inclinacion. Sí: envidado. (lleva
Vamos, amiguita. Juega
usted, Don Eugenio? *Eug.* Yo?
Solo por condescendencia;
por aficion, nunca. *Pep. picada.* Y que?
Si lo toma, ó si lo dexa,
para mí es lo mismo. *Eug.* Ahora
voi á dar una respuesta
á Doña Clara; mas luego....
Pep. Pues vaya usted, y no vuelva
Ea! Piérdase de vista.
Eug. Lo que he dicho es. *Pep.* Si la tierra
tuviera un escotillon
porque desapareciera
de aquí mas pronto! *Eug.* Señora.
Pep. No hago yo mayor fineza
en convidarle, que usted
en admitir? *Eug.* Quién lo niega.
Obedeceré al instante.
Pep. No me gustan obediencias
forzadas. Marques? *Marq.* Madama!
Pep. Vámonos. *Coge del brazo al*
Marques como para irse con él.
Eug. Si mi presencia es la causa del eno-
ya queda usted libre de ella. *vas.* (jo,
Pep. Agua: la ida del humo.
Gonz. Chica, y conmigo no cuentas?
Tambien soi aficionado
un poco á tirar la oreja.
Pep. Pues venga usted. *Amb.* Ve de-
Tenemos cierta materia (lante.
pendiente tu padre y yo.
Ya vamos. *Pep.* No te detengas.
Al quince, Marques, al quince.
Marq. A todo lo que usted quiera.
ESCENA X. *D. Gonzalo, y D. Ambrosia.*
Amb. Va usted conociendo ya
las gentes que le rodean?
Gonz. Sí, señora, y descubriendo
mas terreno que quisiera.
Me fiaba de un amigo
á quien entregué mi hacienda;
y él me callaba que estoi
en términos de perderla.
Mui prendado de mi hija,
y conservando secreta
intimidad con mi hermana.
Todos son unos. La buena
señora, despues de hacerse
la impecable.... Tambien ellas
deben de ser todas unas.
Amb. Todas no. Yo bien pudiera
citar alguna, de quien
es regular que usted tenga
buen concepto, y que le debe
la mejor correspondencia;
que mirando por su casa
de usted, tanto se desvela
en cuidarla, que se olvida
de la propia por la ajena;
(leve muestra del afecto
sólido que le profesa);
que para evitar los muchos
riesgos á que vive expuesta
una señorita joven,
huérfana de madre, zela
con esmero su conducta,
la acompaña y la aconseja;
y en fin.... *Gonz.* Ah, vecina mia!
Basta: no me reconvenga
usted con los beneficios
que su bondad me dispensa.
Sé como se sacrifica
por servirme, y que está hecha
perennemente una esclava
sin apartarse de Pepa.
Sé tambien (y lo agradezco)
que á no ser porque gobierna
lo económico una amiga
juiciosa, yo no tuviera
ni camisa. *Amb.* Pues quien sabe
todo eso, conviene sepa
igualmente quan injusta,
quan amarga recompensa
logra ya de sus afanes
la que tan bien los emplea.
Ai, amigo Don Gonzalo!
Los quatro años de freqüencia
continua en casa de usted,
y nuestra cordial y estrecha
union (que á nadie se oculta)
son causa de que hoi padezca

el honor suyo, y el mio.
Ya mi opinion anda en lenguas
de las gentes. Los que mas
nos favorecen, sospechan
que estamos secretamente
desposados. Otros siembran
voces mas perjudiciales
á mi notoria decencia.
No hai que decir mas á un hombre
que justamente se precia
de caballero. En sus manos
con gran confianza entrega
su crédito una señora
para que, segun conciencia
y pundonor, le restaure.
Y si el mérito que alega
de fiel amiga no basta,
baste saber que encomienda
una dama el noble y digno
desagravio de esta ofensa
al mismo que, aunque inocente,
ha dado lugar á ella.
Me explico así precisada:
perdone usted mi franqueza.
Gonz. Sentiria que persona
á quien debo las finezas
que á usted, llegase á tener
hoi de mí la menor queja.
Pero esos murmuradores
maliciosos se desprecian.
Amb. Acá los despreciaremos
nosotros, enhorabuena;
mas el público, juzgando
por todas las apariencias,
les da asenso; y en usted
consiste el desvanecerlas.
Gonz. Jamás podré yo faltar
á una amiga verdadera.
Pero, señora, mis años....
Amb. Los años! Que? Soy yo de estas
calaverillas que pierden
las mejores conveniencias
solo porque el novio gasta
peluca, y luego se prendan
de un tupé mui bien rizado
y una cabeza mui hueca?
No hai desproporcion tampoco.
Usted tendrá los cincuenta.
Gonz. Sí tal: cumplidos. *Amb.* Y yo
al rededor de los treinta.

Gonz. Ya usted sabe que mi genio...
Amb. No le hai en toda la tierra
tan cortado para el mio.
Ambos somos de una escuela:
alegres, sin pataratas,
siempre iguales: y la prueba
es no haber tenido un sí
ni un nó. *Gonz.* Tá! ni Dios lo quiera.
Solo que amo demasiado
mi libertad; y el sistema
de vida á que estoi tan hecho.
Amb. Que inconveniente! Eso fuera
bueno quando yo imitara
á la difunta en lo séria,
en lo encogida, zelosa,
y amiga de tomar cuentas
que fué, segun me ha contado
usted mismo. *Gonz.* Todo eso era.
Amb. Conmigo no tendrá usted.
ninguna de esas molestias.
Entrará, saldrá; temprano,
tarde: que se divierta
á su modo: haré lo propio.
Viviremos en perfecta
concordia. Pués. Lo demas
no es matrimonio; es galera.
Yo tengo bastante mundo:
á usted ya nadie le lleva
de los andadores. *Gonz.* Ambos
comemos pan con corteza.
Amb. Unidos, mas no sujetos,
haremos buena pareja.
Gonz. Está bien.... Pero cuidado,
vecina, que ha de ser esa
la principal condicion.
Amb. Y yo quiero que lo sea.
Gonz. Así, ya nos convendremos.
Amb. Basta la mutua promesa.
Gonz. Rabiará mi hermana. *Amb.* Rabie.
Qué necesitamos de ella?
Pepita; con el Marques;
yo con usted. Demos priesa
á estas dos bodas. La dicha
de los quatro ya es completa.

ESCENA XI. *Los dichos y Bartolo.*

Gonz. Qué traes de bueno? *Bart.* Dice
la Señorita que espera
á sus mercées. *Amb.* Ya vamos.
Gonz. Di: se han marchado de veras
los majos? Me ha parecido
que sonaban allá fuera
las guitarras. *Bart.* La verda,
señor. Están en la huerta
de enfrente. Yo les icho
que tan presto no se jueran;
porque, aunque la Señorita
los despachó, me hice cuenta
de que aquello era un arranque,
y que á la postre.... *Gonz.* Ocurrencia
muy feliz! Anda, Bartolo,
y diles que al punto vuelvan. *á D. Am-*
Se les llamará á su tiempo *(brosia.*
para celebrar la fiesta.
Bart. Miren que bien hice yo
en guardar las castañuelas! *vase.*
Amb. Venturoso dia! Vamos,
esposo. *Gonz.* Vamos; parienta,
viva la alegría! *Amb.* Viva!
Y muera la envidia! *Gonz.* Muera!

ACTO TERCERO.

ESCENA I. *D. Clara, el tio Pedro y Bart.*

Clar. Con que segun usted dice,
todavía estan jugando?
Ped. Sí, pardiez; y en too el dia
llevan traza de dexarlo.
Pero envidan los doblones
como si jueran ochavos.
Ya le igo á su mercé:
yo vengo escandalizáo.
Verdá es que nunca he visto
jugar sino acá en el campo
á los probes, algun dia
de fiesta, la brisca á quarto.
Pero aquello es divertirse
con quatro amigos un rato;
y no tirarse lo mesmo
que si no jueran Christianos.
Bart. Ai, tio Pedro! Si en Madril,
segun á mí me han contáo,
hai hombre que en una noche....
En una noche? en un quarto
de hora, pierde quatro veces
mas de lo que un hortelano
como yo, con cinco riales,
gana sudando en un año.
Ped. Serán ricotes. *Bart.* Se entiende.
Y mas si tienen vasallos
que se lo ganen. *Ped.* Aquellos
que han de hacer sino jugarlo?
Clar. Y dice usted que quien pierde
mas

mas que todos es mi hermano?
Ped Lo igo porque, aunque pierda
la Señorita otro tanto,
y lo mesmo Doña Ambrosia,
naide paga sino el amo;
y diz que del cuero salen
las correas. Supongamos
que el buen Marqués á toicos
me los iba ya pelando.
Bart. Estos así sòn dichosos
en quanto ponen la mano.
Y el amo y la Señorita
como le hacen tanto caso.
No me engañára él á mí,
con todo que soy un macho;
ni á usté tampoco: es verdá
señora?..

ESCENA II. *Los dichos, y D. Basilio.*

Bas. Qué es lo que acabo
de ver! No es posible esté
en su juicio mi cuñado.
Ni él, ni su hija, ni su amiga
saben ya como ni quanto
pierden. El Marqués se rie
de verlos precipitados;
los pica, los atolondra;
y ellos se van empeñando
con ansia de desquitarse.
Qué demencia! Y no es lo extraño
que hayan perdido el dinero
que trahían; porque al cabo
será corta cantidad;
mas, jugando ya con tantos,
nuestra sobrinita, en fuerza
de su genio arrebatado,
se ciega, envida sin tino,
y por un cálculo saco
que con quinientas medallas
no pagará Don Gonzalo
la pérdida de los tres.
Clar. Qué dices? *Bas.* Y he reparado
que el Marqués no juega limpio.
Clar. Tambien esa? *Bas.* Por debaxo
de la mesa al disimulo
sacaba de quando en quando
naipes para completar
el punto de quince... *Ped.* Rayo!
Bas. Sin duda en la faltriquera
los trahía preparados.
Clar. No puedo yo consentir
exceso tan temerario
de unos y otros. Allá voy.
Bas. Qué pretendes? *Clar.* Remediarlo. *va-*
Bas. Mi hermano toda su vida *(se por*
ha de ser un perdulario. *(la iz-*
Ped. Aquel señor forastero *(quierda.*
que ahora poco ha llegao,
y que usté quiso que entrara
á descansar en mi quarto,
allá se ha queáo solo.
Yo voy á ver si quiere algo.
Bas. Dígale que volveré
á estar con él: que, entretanto,
se mantenga oculto allí;
y que ya tendré cuidado
de avisarle se presente
aquí quando llegue el caso.
Ped. El dixo que á Doña Ambrosia
es á quien viene buscando.
Bas. A su tiempo la verá.
Yo me entiendo. *Ped.* Pues me marcho. *v.*
Bas. Ya, por fin, el Mayordomo
parece que te ha sacado
del cuerpo aquel gran secreto.
Bart. Quise al principio callarlo;
pero dempues dixe: no:
aquí hay algun contrabando;
porque meter Doña Ambrosia
un papelito doblao
drento de la faltriquera
de aquel Señor, mientras tanto
que él y el Marqués
y él estaban enzarzáos,
nó, no medio buena espina;
ni tampoco lo que hablaron,
quando se jué Don Ugenio,
la viuda y el perroquiano.
Bas. Dexa; que con ese aviso
luego se pondrán en claro
ciertas cosas. *Bart.* Bien pudiera
su mercé decirme en pago
qué caballero es aquél
que está tan agazapáo
en el quarto del tio Pedro,
desque su mercé en el patio
le vido y le hablo. Vendrá
á la juncion convidáo?
Bas. Ya tendrá su parte en ella.
Vé á recoger su caballo. *Hace*
Bart. Voy corriendo. Mire usté: *(que se*
yo

yo estaba tras de aquel árbol, (*va y*
quando el Marqués y la viuda (*vuelve.*
Bas. Todo lo sé. *Bart.* Es que yo callo
muchas cosas. *Bas.* Véte, véte.
Bart. Pero tambien, quando hablo, hablo.

ESCENA III. *D. Gonzalo, y D. Clara, que salen por la izquierda: D. Basilio, y Bartolo que habiendo hecho ademan de irse, se queda un poco retirado.*

Clar. No estaba presente yo;
que ya lo hubiera estorvado;
y no te precipitara
tu ceguedad en el lazo
que te armaba un hombre astuto.
Bien lo pagas. Pero extraño
contribuyas á que Pepa,
sobre todos sus resabios,
se aficione á un juego fuerte,
origen de mil estragos.
Gonz. Cierto que es mucho el dinero
que el Marqués nos ha ganado;
mas todo se queda en casa.
Bas. Qué cuentas haces, hermano?
Gonz. Como él ha de ser mi yerno,
al ajustar los contratos
eso menos llevará
en el dote. *Clar.* Bien pensado!
Con que esa boda es segura? (*caso*
Gonz. Esa, y otra. *Clar.* Qual? *Gonz.* Me
con mi amiga Doña Ambrosia.
Clar. Pero como? *Bas.* Pero quando?
Gonz. Como? Queriendo los dos.
quando? Muy pronto. *Clar.* Gonzalo!
Gonz. Ya te diré los motivos,
que son muy extraordinarios. *Repa-*
Pícaro? que haces ahí? (*rando*
él nos estaba escuchando. (*en Bar-*
Bart. No, señor: lo de esas bodas? (*tolo.*
no tengo ya que escucharlo.
Desque he vinio yo aquí
la otra vez con un recao,
la señora Doña Ambrosia
y usté no estaban hablando
mas que de eso. *Gonz.* Ea! qué esperas?
Bart. Si mandan algo. *Gonz.* Mandamos
quo nos dexes. *vase Bartolo.*
Bas. á D. Gonzalo. Bien dispones
tus proyectos. Yo oígo, y callo,
pero sé que en descubriendo
cierto secreto que guardo,
ni tu has de querer ya dar
á tu vecina la mano,
ni mi sobrina al Marqués.
Gonz. Como así? *Bas.* No lo declaro
por ahora. Lo sabrás
dentro de muy breve rato,
quando estén juntos aquí
todos los interesados.
Gonz. Buenos misterios! *Clar.* Escucha.
Que seas tan insensato!
que no consultes las cosas!
y que tengas tan cerrados
los oídos para todos
los que bien te aconsejamos!
solo Doña Ambrosia puede
contigo! solo el incauto
proceder, el mero antojo
de una niña, y sus disparos
han de ser la lei, la norma
de tu conducta! *Gonz.* He soltado
una palabra al Marqués,
otra á Doña Ambrosia; y me halle
en precision de cumplirlas.
Clar. Eso es: pundonor exâcto
en el cumplimiento de ellas;
y en darlas ningun reparo.
Tu hija y su amiga son locas.
Gonz. Vaya, que te has levantado
hoy de malísimo humor!
pero, hermana, hablemos claros.
Ya que tachas sus acciones
y las mias, (*baxando la voz.*) por lo baxo
te prevengo que reformes
las tuyas. *Clar.* Y yo, por alto,
respondo que no podrás
hacerme ni un leve cargo.
Gonz. Uno, y gordo. *Clar.* Será injusto.
Gonz. Meta cada qual la mano
en su pecho. Todos tienen
porque callar. Pues acaso
que Pepa quiera al Marques
es algun delito raro?
no son solteros? Pues todo
se compone con casarlos.
Pero tú que dás lecciones
de cordura, y en tu estado,
ya ves que tanta amistad
con Don Eugenio dá campo
para que las gentes crean....
Clar. Creerán lo que es muy falso

faltára conversacion
divertida en los estrados,
si la malicia dexase
de suponer que en el trato
de personas de dos sexôs
hay siempre algun fin dañado.
Muger, y tener amigo?
no se vé ya ese milagro.
Hombre y amiga? imposible.
Quien la trata mas? Fulano.
Ese es el cortejo amante,
galan, pique, mueble, trapo.
Y porque quatro indiscretas,
ó fáciles, han cobrado
la opinion que Doña Ambrosia,
y la que desde hoy presagio
cobrará tambien tu hija,
si no se precabe el daño,
han de perder su buen nombre
las mugeres de recato?
Gonz. Pero poco á poco, hermana.
Mi juicio no es temerario;
y si lo he de decir todo,
quando dos se hacen regalos
como un relox, verbigracia,
para que el enamorado
sepa á qué hora fué dichoso,
ó un bolsillo muy profano
con sus letras.... Ya me entiendes.
Clar. Lo entiendo; y no satisfago
á indignas reconvenciones.
Bolsillo y relox son ambos
dones mios; y con ellos
celebro mucho haber dado
á Don Eugenio una muestra
de cordial afecto. *Gonz.* Estamos
de la otra parte. Qué mas,
si el reo canta de plano?
Clar. En publico lo diré,
y sin el menor empacho.
Pero solo he de dar cuentas
á mi esposo; no á un hermano
que con sospechas iniquas
hace el mas sensible agravio
á una hermana que se precia
de tener mui bien sentado
su crédito en esta parte.
No es posible que vivamos
unidos: bien dixe que era
inutil reconciliarnos.
Ya que con tan poco honor
piensas de mí, lo acertado
será no volver á vernos.
Mi único fin, mi conato
era impedir el desorden
de tu casa. Ya no es arduo
mi empeño; es inasequible,
si algun pronto desengaño
no te escarmienta; y así
de qué sirve incomodarnos?
dá esa Madrastra á tu hija:
goce en propiedad el mando
la que tanto abusa de él
teniendole de prestado.
Ese charlatan viajante
sea, pues, depositario
de tu confianza y bienes:
ambos te darán el pago.
Yo me vuelvo á mi retiro.
Gonz. No, Clara, no. *Clar.* Sí; Gonzalo.

ESCENA IV. *D. Clara, D. Gonzalo, D. Eugenio.*

Eug. Me pesa mucho de hallar
á ustedes así altercando.
Haya paz, buena harmonía.
Pero ya veo que valgo
mui poco con el señor
desde que ha desconfiado
de mi verdad y honradez.
Ninguno de mis descargos
ha de poder convencerle?
Gonz. Ya he dicho que suspendamos
eso para otra ocasion.
Eug. Mi credito está empeñado;
y ántes de veinte y quatro horas
ofrezco ponerle en salvo.
Tengo amigos que me abonen;
y el primero es su cuñado
de usted. *Gonz.* Don Basilio? Vaya:
sea en hora buena que ambos
se lleven bien, y uno á otro
se favorezcan. *Clar.* Al caso.
Eug. Entregaré puntualmente,
al instante que volvamos
á Madrid, el principal
que usted ha depositado
en mi poder. *Gonz.* Eso. *Eug.* Y luego
espero probar que es falso
aviso el de que padezca
mi fábrica menoscabo;

por

porque esa voz, difundida,
puede causarme un quebranto
verdadero. *Gonz.* Bien está.
Sí: sí: los quartos, los quartos.
Todo lo demás es paja.
Clar. Que así procedas, hermano!
Te conocí generoso;
ya no lo eres. *Gonz.* Me he mudado,
lo mismo que las juiciosas
que han estado edificando
con su virtud, y despues,
alborotadas de cascos,
hacen lo que muchas locas
de quienes murmuran tanto.
Ustedes tendrán que hablar.
A lo menos no sirvamos (nio
de estorbo. A Dios. *Clar.* No es el ge-
vase por la puerta de enfrente.
de este hombre inconsiderado
para mi formalidad.
Aquí se viene acercando
otro que tal. El Marqués.
Voyme; porque sin enfado
no puedo ya resistir
su parola y su descaro.
Vase D. Clara por la derecha; y sale el Marqués por la izquierda, deteniendo á D. Eugenio, que hace ademan de irse con D. Clara.

ESCENA V. *El Marqués, y D. Eug.*

Marq. Don Eugenio, una palabra.
Celebro haber arribado
á tiempo de hallarle solo.
Qué entendió usted decir quando
le hizo ver aquellos versos
Doña Ambrosia? Es necesario
que en un pequeño detalle
me lo explique. *Eug.* Precisado
á dar mi dictámen, dixe
no estaban en Castellano.
Marq. Fué un insulto. *Eug.* Contra quién?
Marq. Contra el Autor. *Eug.* No cons-
su nombre, á nadie ofendí. (tando
Censuré unos versos malos,
y no mas. *Marq.* Pues yo los hice.
Eug. Lo siento; mas no retracto
mi opinion. *Marq.* A mí, que soi
academico honorario
de los Arcades de Roma?
A mí, que entre ellos me llamo
Olocosmo Girabundo?
necesito un desagravio
de ultraxe tan revoltante....
Pero estamos desarmados.
Eug. Aun no estandolo, no riño
por debates literarios.
Marq. Pues bien, Señor: yo por todo
lo que me afecta me bato.
Eug. No lo merece este asunto.
Marq. Yo tuve por igual caso
con un Milord (que era Ingles)
un duelo de los mas raros.
Eug. Siendo Lord, supongo no era
Ruso, Aleman ni Polaco.
Pero él hizo mal; pues nunca
dicta el pundonor al sabio
que emiende con el azero
lo que la pluma ha pecado,
y á la fuerza de razones
oponga fuerza de brazos.
Marq. Haré publico este duelo,
y que usted no le ha aceptado.
Eug. Enhorabuena: sabrán
que conservo el juicio sano;
que no tocan al honor
qüestiones sobre vocablos,
las quales, no con la espada,
con los libros en la mano
se aclaran. A esto me obligo;
á este desafio salgo.
Marq. Muy bien va. Disputaremos
por escrito. *Eug.* Presentando
usted sus versos, diré
en qué fundo mis reparos.
Marq. Y yo haré respuesta. *Eug.* Enton-
nombrarémos tres ó quatro (ces
Jueces hábiles. *Marq.* De acuerdo.
Me pico de Literato
como qualquiera. Con todo,
pretendo que nos batamos,
porque tengo otros motivos.
Eug. Si son otros, explicarlos.
Marq. Usted sabe que Pepita
es ya mia. *Eug.* Si ese caso
ha llegado, no me consta.
Marq. Pero está ya contratado
nuestro enlace. *Eug.* No lo ignoro.
Marq. Y usted quiere, sin embargo,
seducirla. *Eug.* Aconsejarla.
Marq. Es menester decidamos

Este punto.
Eug. Ella es quien puede
decidirle: de su labio
ha de salir la sentencia.
La espada no puede darnos
dominio en su corazon;
porque es acto voluntario
en ella elegir aquel
que halle digno de su agrado.
Si juzga que no lo soi,
con reñir lo seré acaso?
Dando muestras de valiente,
las diera de temerario;
y al fin siempre quedaria
igualmente desairado.
Aquí viene. *Marq.* Ella no duda
de la preferencia entre ambos.

ESCENA VI. *El Marques, D. Eugenio, D. Pepita y D. Ambrosia.*

Pep. Qué es esto? De preferencia
se disputa? Es excusado,
señor Don Eugenio mio,
que usted se dé malos ratos.
Desde ahora para siempre
protesto, juro y declaro
que un hombre que galantea
como en duda y al soslayo,
poniendo mil cortapisas,
y haciéndose el delicado,
reformador de costumbres,
serio dictador Romano,
me choca, y me chocará
eternamente. No me hablo
con quien no tome el amor
bien á pechos y adestajo.
Yo con el Marques me entiendo,
Ea! Ya está echado el fallo.
Eug. Las voluntades son libres.
Pep. Mucho; y la mia mas. *Marq.* Bravo!
Pep. Lo dicho dicho. *Amb.* Adelante;
y viva ese aire de taco!

ESCENA VII. *Los dichos, y D. Basilio.*

Pep. Sépalo el tio, la tia,
mi padre, y todos. No me ando
en contemplaciones. *Bas.* Pepa!
Contra quien te enojas tanto?
Eug. Contra mí. Ya este es negocio
concluido. *Marq.* Y yo he triunfado
por la obligante indulgencia
de esta beldad, cuyo encanto
hace hoi la felicidad
de mi vida. *Bas.* Y has pensado
maduramente. *Pep.* Ya sé
de memoria quantos cargos
tienen ustedes que hacerme.
Marq. A maravilla. Yo parto
á informar de un tan brillante
fortunon á Don Gonzalo.
Al tiempo de irse, retrocede, y continúa:
ah! Doña Ambrosia! Y mis versos?
Usted los tendrá guardados.
Amb. sacando unos quantos papeles.
Aquí estan. *Marq.* Si usted se toma
la molestia de entregarlos
al señor, él hará de ellos
un crítico comentario
que ha ofrecido. Imprimiré
la respuesta que preparo;
y la han de dar los jornales
extrangeros mil aplausos. *vase.*
Ambr. reconociendo los papeles; y revolviendo las faltriqueras, de las quales va sacando otros.
No parecen estos versos.
Ellos estaban mezclados
con los papeles que sabes,
Pepita.... aquellos.... *Pep.* Ya caigo.
Es finísimo el Marques. *á D. Eugenio.*
Sepa usted que me ha entregado
los billetes amorosos
de las damas que aceptaron
sus obsequios en Italia,
y en Nápoles, y otros varios
paises. *Eug.* Si usted supiera,
segun mis consejos, algo
de geografia, nunca
pensara que está situado
Nápoles fuera de Italia.
Pep. Poca erudicion. Al grano.
Ello es que el Marques.... *Amb.* No
con tales versos. *Pep.* Buscarlos. (doi
Ayude usted, Don Eugenio.
Eug. Tomando y reconociendo algunos de los papeles.
A ver éste. Es Italiano.
Este, Frances. Tambien éste.
Amb. A que no los encontramos?
Eug. Aguarde usted. Esta es letra
del Marques. En castellano
está el papel. Pero es prosa.

Y borrador. Oh! que hallazgo!
Lee. ,,Señor Don Gonzalo de Medina:
,,muy Señor mio: auque no tengo el
,,honor de conocer á usted sino de re-
,,putacion, la probidad me exhorta á
,,comunicarle.
Así empezaba la carta
que recibió Don Gonzalo.
Bas. Sí: la letra es del Marques.
Ya se descubrió el arcano.
Amb. Será otra carta. *Eug.* La misma.
Amb. O copia que le habrá dado
Don Gonzalo. *Bas.* Es borrador.
Eug. Y estotro, si no me engaño,
el de la carta que hallé
en mi bolsillo. Leamos.
,,Señor Don Eugenio de Lara: mui Se-
,,ñor mio: yo me hago un deber de
,,hacer saber á usted que en la fábrica
,,que tiene en esta villa...
Todo es suyo, hasta el lenguage.
Don Basilio, estoi pasmado.
Bas. Yo no; porque desde luego,
(y ya ve usted que no en vano)
malicié que en este embrollo
andaba el Marques. *Amb.* A espacio.
Vengan esas cartas. *Bas.* No:
perdone usted. En mis manos
estan bien depositadas.
Son útiles; y las guardo.
Amb. Mire usted que así lo pide
una dama. *Bas.* No la falto
al respeto en lo demás;
pero en esto es necesario
no la obedezca; pues debo
salvar luego con tan claros
documentos la inocencia
de este caballero honrado. *vase.*
Pep. Yo no entiendo este embolismo.
Amb Es un lance extraordinario
acá para entre nosotros.
Eug. Volviendo todos los papeles á D. Ambrosia, menos uno.
Ya no nos hacen al caso
estos papeles. *Pep.* Qué tal?
Eug. No me importa exâminarlos.
Al fin, aquí ha parecido
el que estábamos buscando.
Pep. Las coplas? *Eug.* Cierto. Aunque es-
el Marques versos tan malos, (cribe
su prosa es mucho peor.
Amb. Don Eugenio, no partamos
de ligero. Podrá dar
el Marques tales descargos...
Eug. Ninguno habrá suficiente.
Pep. Me dirán ustedes quando
dexan la conversacion?
Yo en eso no entro ni salgo.
Señor mio, á nuestro asunto.
He dicho á usted que á mi lado
quanto menos tiempo gaste
será lo mejor. *Eug.* Mi engaño
ha cesado ya, señora
ya la excusaré el cansancio
de oir mis exhortaciones.
Que usted haya despreciado
mi obsequio y buena intencion
me es sensible; pero gano
á costa de este desaire
un gran bien, averiguando
no seriamos felices
con genios tan encontrados.
Conocerlo tan á tiempo
nos asegura el descanso.
Ai de otros á quienes llega
mas tardío el desengaño!
Pep. Mui bien exclamado! Ahora
pudiera usted decirme algo
de aquello de falsa, aleve,
ingrata, homicida.... Vamos!
Eug. Yo injuriar á quien me saca
de un error? Bien al contrario:
rendidas gracias la doi
por favor tan señalado.
Señora á los pies de usted,
Pep. Señor, beso á usted las manos. *Remedándole. Vase D. Eugenio.*
Pep. Por esta vez me parece
que no lleva mal despacho.
Amb. Te portas. Pero, amiguita;
me tiene con sobresalto
el grandísimo descuido
del Marques. No haber quemado
aquellos dos borradores!
Mal negocio! Y por qué tanto
los fué á mezclar con los otros
papeles! *Pep.* Pues bien: al cabo
qué resulta? *Amb.* Descubrirse
cierto enredillo tramado
para poner mal á ese hombre

con tu padre, y libertarnos
de sus importunidades
y su influxo. Mira un caso
que debes tener presente.
Todo papel reservado
se ha de quemar. *Pep.* Ese, y otros
consejos que me vas dando
tendrán puntual observancia.
Prosigue, que no me canso
de la leccion; y aun me quejo
de que en el otro repaso
me dexaste con la miel
(como dicen) en los labios.
Vaya: segundos consejos
que dió Don Quixote á Sancho.
Empieza; que ya te escucho.
Pero qué estás cavilando?
Amb. Tengo ahora mal humor.
Otro dia mas despacio...
Pep. Si no estás para ello, ten
á lo menos el trabajo
de oirme, y exâminar
si me voi haciendo cargo
de tus buenas instrucciones.
Yo de todas ellas saco
que el disimulo en nosotras
es mueble mui necesario.
Amb. Basta la apariencia en todo;
y por eso dixo un sabio
que el siglo de oro, de plata,
de cobre, y hierro han pasado,
y es siglo de similor
en el que al presente estamos.
Pep. Todo será que yo pueda
vencer este genio franco:
á fe que no diré entonces
palabra, ni daré paso
sin estudio y precaucion.
Yo tendré mis tertulianos:
entre ellos no es regular
me falten aficionados;
y tomaré mis medidas
para no descontentarlos.
Manejándonos con maña,
aunque ellos se vuelvan Argos,
quien mas mira menos ve,
como en los juegos de manos.
Por exemplo: á los que á solas
trate con mas agasajo.
pondré en público mal gesto;
y tambien será del caso
reñirles bien, quando lo oigan
los que puedan separarnos,
y aun hacer me reconvengan
sobre lo mal que los trato.
Además, me iré con tiento
en llevarlos siempre al lado;
pues, aunque veo que es duro
privarnos de aquel gustazo
de lucir una conquista,
reflexîono, sin embargo,
que las exterioridades
nos pierden tarde ó temprano.
Amb. Bien dices. Las diversiones
han de ser sin aparato;
y quando el humo se vea,
ya ha de estar quemado el quarto.
Pep. Lo que tambien me parece
disparate es que tengamos
criadas lindas, á pique
de que den al ama un chasco.
Amb. No convienen dos figuras
principales en un quadro.
Pep. Ahora: el escoger bichos
para pages y lacayos
será indecente. *Amb.* A lo menos,
hoi es gala lo contrario.
Pep. Oye: otra cosa me ocurre.
Por si acaso hai hombres raros
como ese buen Don Eugenio,
que se quejen de que estamos
por conquistar, y pretendan
que debemos saber algo,
ya procuraré tener
algunos libros sembrados
ó cerca del tocador,
ó en las mesas. Ostentando
que leemos, basta: y luego
que vengan á averiguarlo.
En nuestras conversaciones
ya ves que no fatigamos
el discurso. Quando alguna
se vaya formalizando,
con un *ya*, *bien*, *pues*, *no digo*
estamos fuera del paso.
Lo mismo hacen muchos hombres
y los llaman ilustrados.
Amb. Admirada estoi de oirte.
Pep. Es que me voi desasnando.
Amb. Si se infundirá esta ciencia

con la leche que mamos?
Mas vamos á lo que importa,
Pepita. No te ha picado
aquella serenidad,
aquel semblante pacato
con que oyó su despedida
Don Eugenio? *Pep.* Me ha volado:
sabes que ahora quisiera
atraherle. *Amb.* Ni pensarlo.
Era preciso humillarse,
y hacer papel desairado.
No te lo aconsejo, no.
Pep. Pues, animo! Prosigamos
correspondiendo al Marques;
y reviente el mentecato
de envidia! *Amb.* Sí, sí: vengarse.
Amiga, tendrás el lauro
de que no logren su intento
ni él, ni tus tios. Chafarlos.
El Marques adora en tí:
tu padre se ha disgustado
con Don Eugenio, y no piensa
exercer el menor acto
de violencia con su hija:
ya no escucha á sus hermanos;
y por fin, serás Marquesa
con su señoría al canto.
Mas qué dirás, hija mia,
al oir que Don Gonzalo
se ha empeñado ahora en darte
una madrastra? *Pep.* Sepamos
como es eso. *Amb.* No te asustes.
Lejos de ser en tu daño,
madrastra solo en el nombre
es la que te ha destinado.
Hallarás en ella apoyo,
consuelo, amistad, amparo;
y hará por obligacion
lo que ha hecho en el espacio
de quatro años por cariño.
Pep. No siendo tú, yo no alcanzo
quien sea. *Amb.* Dicho se está.
Y eso te pone en cuidado?
Pep. Madrastra! mal parentesco!
Pero eres mi amiga, y paso
por todo. *Amb.* Cómo ha de ser?
Yo bastante he procurado
desvanecerle esta idea;
pero él está ten reacio...
En público alguna vez
me habrás de besar la mano;
mas los huéspedes se irán,
y comeremos el gallo.
Ni te daré sujecion,
ni oirás el menor cargo;
solo sí buenos consejos.
Pep. Como los que ya me has dado.

ESCENA VIII. *D. Clara, D. Gonzalo, D. Ambrosia, D. Basilio y D. Pepita.*

Clar. Por tu infundada sospecha,
y por el notable agravio
que me haces, no merecias
satisfaccion; pero traigo
quien me defienda. Basilio,
ven, y explica á tu cuñado
cómo ha podido llegar
cierto relox mio á manos
de Don Eugenio. *Bas.* Yo mismo
se le dí. *Gonz.* Tu? Como? *Bas.* E
de otro que aquel caballero (cambi
tenia, y fué del agrado
de mi muger. El, que en todo
muestra su atencion y garbo,
la rogó que le admitiese;
y no pudiendo lograrlo,
se valió de mí. Yo quise
que aquel don fuese aceptado;
y Clara en retorno hiciese
á nuestro amigo el regalo
de otro relox. *Gonz.* Ya: no fué
mas que un trueque liso y llano.
Clar. Pero no, que hai otra prenda
de por medio. Es necesario
averigüemos la historia
de un bolsillo: como y quando
le entregó la delinqüente
al cómplice. *Bas.* Pues fué el caso
que el relox que ella admitió
era de precio mas alto
que el que cedia; y dispuso
corresponder, compensando
el exceso del valor
con un bolsillo adornado
de piedras, que Don Eugenio
recibió, no de su mano,
sino de la mia: prueba
de que fué tan delicado
el desinteres de Clara,
que aun con un amigo de ambos
no quiso quedar en deuda,

y á quien diga lo contrario, *con enojo.*
yo... *Clar.* Sosiegate. *Gonz.* Pues libre
y sin costas. Si hai engaño,
que no valga. Hermana mia,
perdoname; compongamos
todas las desavenencias;
y lo pasado pasado.
Pepa es del Marques, y mia
Doña Ambrosia. El trato es trato;
que le apruebes, ó que no.
Gritando. Bartolo! Señores, vamos
á pensar en divertirnos.

ESCENA IX. *Los dichos, Bartolo, y el tio Pedro.*

Ped. Anda, hombre; que llama el amo.
Bart. Señor? *Gonz.* Ya puede venir
esa quadrilla de majos.
Pep. Todavía no se han ido?
Me alegro. *Bart.* Voi á buscarlos. *vase.*
Gonz. Pues mientras vienen, sentarse;
que va á empezar el fandango.
Clar. Puedes celebrar tus dichas,
con tal de que no asistamos
mi esposo, ni Don Eugenio,
ni yo. Basilio has mandado
que pongan mi coche? *Bas.* Sí.
Gonz. Y que? No hai mas que
plantarnos? *Pep.* Vaian mui enhora-
Nos quedaremos los quatro, (buena.
padre, madrastra, hija y yerno;
á ver si nos libertamos
de pesadeces.
Mirando ácia la izquierda. Quién viene?
El Marques? No: el estirado
señor de las reflexîones.

ESCENA X. *Los mismos, y D. Eugenio.*

Eug. á D. Clar. Es hora de que partamos?
Pep. Al punto. *Bas.* Hai mucho que ha-
Eug. La experiencia me ha mostrado (cer,
que para amigo del padre
ya no soi bueno, y soi malo
para amante de la hija.
Pep. Lo segundo sí que es claro.
Eug. Mi pretension era necia;
y desde ahora levanto
la mano de ella. *Pep.* Acabemos.
No venga usted presentando
mas memoriales, porque
ya he puesto al margen: *Negado.*
Y el provisto... *Señalando al Marques*
Mire, mire. *(que llega.*

ESCENA XI. *Los dichos, y el Marques.*

Marq. Todo el mundo aquí? Y yo falto?
Bas. Mui á tiempo llega usted.
Para tu gobierno, hermano:
la fábrica de este amigo
no experimenta desfalco;
y el aviso que hoi aquí
has recibido, es mui falso.
Mira el borrador de letra
de tu Marques, que ha inventado
la noticia. *Marq.* Cómo es esto?
Amb. Lo ha descubierto un acaso.
Gonz. Ya lo veo. Marques mio,
todo lo que huele á engaño
me disgusta. *Marq.* La verdad
es, señor, que yo, ocultando
mi nombre, he dado este aviso
tan interesante. Salgo
garante de que es seguro;
y por hacer bien á entrambos...
Gonz. Ah! Fué caridad? *Marq.* Sin duda.
No tuve otro fin. *Bas.* A espacio.
Hoi Doña Ambrosia y usted
dispusieron, y lograron
introducir al señor,
cogiéndole descuidado,
la otra carta en el bolsillo,
con ocho dias de atraso
en la fecha, de lo qual
le resultó un grave cargo.
Mira el otro borrador. *á D. Gonz.*
Amb. Repare, usted Don Gonzalo,
que enemigos envidiosos
tiran á desconceptuarnos,
y se valdrán de ficciones.
Clar. Señora no las usamos.
Bas. Bartolo, que fué testigo
del lance, lo ha declarado.
Amb. Y contra gentes de honor
se ha de dar crédito á un payo
malicioso? *Marq.* Que está intriga
nos meta en un embarazo!
Amb. Chismes, enredos. *Gonz.* Con to-
es menester aclararlos. (do,
Clar. Aun dudas? *Pep.* Ea! Ya suena
la música. A lo que estamos.

ESCENA XII. *Los mismos; Bartolo y majos. Estos salen tocando y bailando con mucha algazara; y apenas han da-*

do unas vueltas, hace D. Basilio suspender.
Bas. Callen ustedes. Tenemos
por ahora otros cuidados.
Pep. Pues tengaselos usted,
y dexenos. Echale agrio!
Vamos allá, padre mio:
seguidillas entre quatro:
Doña Ambrosia y usted; yo
con el Marques. Los nombrados.
D. Gonzalo con D. Ambrosia, y D. Pepita con el Marques, colocándose como para bailar.
Clar. Quedate con Dios. *Gonz.* De veras?
Bas. De veras nos ausentamos.
Pero antes tengo dispuesto
dar á todos un buen rato.
Tio Pedro, llegó la hora
de que salga de su quarto
de usted aquel caballero.
Que venga. *Ped.* Allá voi volando. *vase*
Bas. Advierto primeramente
que aquí no necesitamos
testigos de fuera. Importa
que nos dexen libre el campo
estos señores. *Señalando á los majos.*
Pep. Estan baxo mi sombra, á mi mando;
y no les han de hacer otro
desaire como el pasado.
Bas. Bien. Puede ser que te pese. (dos.
Pep. Se han de quedar. *Bas.* Por queda-
Gonz. Qué viene á ser eso? *Bas.* Aquí
ha llegado preguntando
por Doña Ambrosia, un sujeto,
que, no habiéndola encontrado
en su casa, supo estaba
en esta funcion de campo,
y viene á darla noticias
que la importan. Me persuado
que con su informe podrá
descubrirse el bribonazo,
por cuya maldad quebró
aquel negociante honrado
marido de esta señora.
El Marques se imuta.
Amb. Qué dice usted? Fuera hallazgo
bien dichoso para mí.
Bas. Conoció usted por acaso
al picaron? *Amb.* No: mi esposo
tenia en el quarto baxo,
como suelen otros muchos
negociantes, su despacho;
y yo vivia en el piso
principal, sin tener trato
con los que iban á negocios
de comercio. Don Eustaquio
de qué sé yo qué dixeron
que se llamaba el malvado;
pero ni una vez le ví.
Le ahogara entre mis brazos...
Traidor, infame!

ESCENA ULTIMA. *Todos. D. Carlos, vestido de camino. Los majos acia el foro.*

Amb. Qué es esto?
Eres tú? Sobrino! Cárlos!
D. Carlos abraza á D. Ambrosia. Entretanto el Marques vuelve la espalda á D. Cárlos; temiendo que éste le vea.
Carl. Querida tia!... Señores,
á la obediencia. *Gonz.* Atendamos.
El Marqués hace ademan de irse. D. Pepita le detiene.
Pep. Adonde va usted, Marques?
quieto aquí siempre á mi lado.
Durante la conversacion siguiente, el Marqués se vá á poner con disimulo detras del tio Pedro, que no estará léjos de D. Pepita.
Amb. No te esperaba tan pronto.
Cárl. Se hubiera alargado el plazo
de mi vuelta, si en París
no me hubiera informado
de que el impostor maligno
Don Eustaquio de Bolaños,
por quien mi tio perdió
caudal y vida, y que en vano
me ha hecho viajar por Francia,
Holanda y Paises-Baxos,
hoy se pasea en Madrid
con título imaginario
de Marqués de Fontecalda... (chasco.
Amb. Como! *Gonz.* Qué oigo! *Pep.* Fuera
Pedro apartandose para dexar ver al Marqués que se ocultaba detrás de él.
Aquí está su Señoría.
Cárlos echando mano al sable, y queriendo acometer al Marqués.
El es.... Indigno villano!
D. Basilio y D. Gonzalo contienen á D.

D. Carlos. El Marqués, D. Ambrosia, D. Pepita, y todos se quedan como pasmados; y despues de un corto rato, prosigue D. Cárlos:
aquí mismo morirás
como dés un solo paso.
Gonz. Doña Ambrosia! y era usted
madrina de tal ahijado?
Amb. Ah! Yo estaba protegiendo
á mi mayor adversario.
Cárlos; por quién lo has sabido?
Cárl. Por quien me ha dado el encargo
de que entregase esta carta
al esposo mas ingrato.
Entregando una carta al Marqués.
Lée lo que aquí te escribe
la infeliz que está llorando
tu perfidia, y la dureza
con que la has abandonado.
Pep. Casado el Marqués! *Carl.* Su esposa
queda en París! *Gonz.* Caso raro! (posa
Marq. Es calumnia sorprendente.
Mi carácter ultrajado
se vengará. Estoy sin armas;
que si nó, tan fiero estrago
hiciera. *Carl.* Amenazas locas,
que ahora no son del caso.
En una prision, no aquí,
habrás de dar tus descargos,
que por mas que los estudies,
han de ser pocos y malos.
Marq. Quien ha de prenderme? *Carl.* Yo.
Bas. Y todos los que aquí estamos.
Bart. Sí, Señor: voy á buscar
una soga paa atallo.
Cárl. No es menester. Le tendrémos
encerrado en algun quarto
de esta casa, siendo yo
guarda de vista, entretanto
que se avisa á la Justicia.
Bas. Nosotros que ahora vamos
á Madrid, daremos parte.
Carl. Eso conviene. *Marq.* Yo rabio.
Clar. Qué dices, Hermano? *Gonz.* Estoi
absorto. *Pep.* De buena escapé.
Clar. á D. Pep. Queria llevarte á Italia,
donde tiene sus estados,
dexarte, y comerse el dote.
Carl. Iba á casarse? *Amb.* Sí, Cárlos.
Gonz. Doña Ambrosia, usted me ha puesto
en el precipicio. *Clar.* Al cabo
has caido ya en la cuenta.
Gonz. He vivido confiado;
y este escarmiento me avisa
que debo atajar el daño.
Señora: y el aderezo á D. Ambrosia
que debia entrar por alto?
Por alto se fué. Usted sabe
que á su instancia y por su mano
entregué los diez mil pesos
á ese hombre de mis pecados.
Quando los cobraré yo?
Marq. Ola!... Señor, yo he pagado.
Usted ha perdido al quince
algo mas que eso; y yo alcanzo
todavia por mi cuenta
unos cien doblones largos.
Gonz. Por ser yo el simple que soy
me está muy bien empleado.
Marq. Si al venir el aderezo
le cogen por contrabando,
el riesgo es á usted. *Gonz.* No digo?
siempre seré yo el pagano.
Clar. Y la opinion de tu hija?
Gonz. Como ya se hablaba tanto
en Madrid de su gran boda,
será este lance sonado.
Clar. Escandaloso. Y despues
me dirás qué hombre sensato
te la pedirá? El remedio
es un Colegio, Gonzalo.
Allí podrá corregirse,
ínterin se va olvidando
un suceso tan ruidoso;
sin lo qual apenas hallo
probabilidad de que haya
quien la ofrezca ya su mano.
Gonz. En efecto: me parece
será lo mas acertado.
Pep. Colegio? *Con gran desenfado.*
Gonz. Sin remision.
Pep. No es mi vocacion de claustro.
yo quedarme para tia!
Me faltará novio acaso?
Clar. Y quien será?
Pep. con humildad y timidez. D. Eugenio,
verbigracia, que ha mostrado
tenerme aficion....
Eug. con dignidad. Señora
he visto que los resabios

de la educacion de usted
son algo mas arraigados
que creía. Usted perdone.
Otro menos delicado
que yo, será mas dichoso. *Pep.* Como!
Patéa y hace ademan de arañarse.
Por vida de tantos!
á mí? *Clar.* Ya ves que la mala
conducta al fin da mal pago.
Pep. abrazandose de D. Ambrosia.
amiga! *Clar.* El desaire sientes;
mas perder por tus desbarros
en Don Eugenio un esposo
tan prudente, tan honrado,
es hoy tu mayor castigo.
Gonz. Vecina, me desengaño
de que el exemplo de usted,
y sus consejos viciaron
á esa Niña siendo causa
de quanto me está pasando.
Quien usa malos ardides
no espere ya echarme el gancho.
Amb. Y la palabra, señor?
Gonz. La dí medio precisado;
y con lo que he visto, puedo
retractarla, y la retracto.
A la puerta de su casa
dexaré á usted en llegando
á Madrid; y con la mia
no cuente mas. *Amb.* Este trato
merece una amiga fiel?
Gonz. Es que ya empiezo á ver claro.
Carl. Señor Marques, venga Usía.
Marq. O golpe humillante!
Carl. Vamos; ó á la menor resistencia..
Ped. Agárrale de ese brazo,
y yo de éste. *Bart.* Entre los dos
va muy bien asigurao.
Vase el Marqués enmedio del tio Pedro y Bartolo, que le llevan de los brazos; y siguelos D. Carlos.
Gonz. Nos han dado ciertamente
famoso dia de campo!
ya esta casa es para todos
melancolico teatro.
Volvamonos á Madrid.
Pep. Ai, tia! *Clar.* Ahora haces caso
de tu tia? *Pep.* Yo á Colegio?
Gonz. Donde estés á buen recado.
Amb. Y yo á llorar mis servicios
iniquamente premiados.
Gonz. Y yo? mi dinero? mi honra?
Bien me alcanza el ramalazo!
Clar. Por unas locas como éstas,
por sus caprichos, sus gastos,
y mala crianza, pierden
su fortuna mas de quatro
dignas de una ventajosa
colocacion. Rezelando
los hombres la general
censura, los malos ratos,
las deudas, y otros perjuicios,
huyen de tomar estado.
Gonz. Hermana mia, desde hoi
aprenderé á ser mas cauto;
y aprendanlo con mi exemplo
otros padres descuidados

FIN.

Barcelona: Por la Viuda de Piferrer, vendese en su Librería, administrada por Juan Sellent; y en Madrid en la de Quiroga; calle de la Concepcion Gerónima; y otras de diferentes títulos.